



# Claustro Jerónimo

REVISTA DE ESPIRITUALIDAD JERÓNIMA

CUADERNOS 7 - MAYO 2005



## LA EUCARISTÍA EN SAN JERÓNIMO



# Claustro Jerónimo

Cuadernos nº 7

SUMARIO

PRESENTACIÓN .....	2
LA EUCHARISTÍA EN SAN JERÓNIMO .....	3
I- Aproximación a los lugares donde aparece el término Eucaristía ....	5
- <i>La Epístola 71, a Lucinio</i> .....	6
- <i>La Epístola 82, a Teófilo, del año 396-397</i> .....	11
- <i>El comentario al profeta Sofonías</i> .....	15
- <i>La Discusión del Luciferano y el Ortodoxo</i> .....	19
- <i>El Diálogo contra los pelagianos</i> .....	23
II- La institución de la Eucaristía .....	37
- <i>La Eucaristía prefigurada en las realidades veterotestamentarias</i> .....	38
- <i>La Eucaristía definida desde lugares veterotestamentarios</i> .....	42
III- La Eucaristía, sacrificio y comida .....	45
IV- La celebración de la Eucaristía .....	51
V- Año de la Eucaristía y año de la Inmaculada .....	55
NOTAS .....	57

**EDITA:**

Monasterio de Santa María del Parral  
40003 - SEGOVIA  
Teléf. 921 431 298 • Fax: 921 422 592  
Web: [www3.planalfa.es/msmparral](http://www3.planalfa.es/msmparral)  
E-mail: [oshsmpparral@planalfa.es](mailto:oshsmpparral@planalfa.es)

**FOTOGRAFÍA PORTADA:**

La Santa Cena, tabla del retablo del Monasterio de Santa María del Parral, Segovia. Juan Rodríguez (+1543)

**FOTOGRAFÍA CONTRAPORTADA:**

Lavatorio de los Pies, tabla del retablo del Monasterio de Santa María del Parral, Segovia. Juan Rodríguez (+1543)

**MAQUETA E IMPRIME:**

Gráficas Ceyde

DEPÓSITO LEGAL: Sg-56/2000

Era obligado que el monográfico de “Claustro Jerónimo” -Cuadernos 7-, estuviese dedicado en este año a la Eucaristía. Mas... no sabíamos bien desde dónde enfocarlo. Como casi todas las buenas cosas, el proyecto hoy realidad, se fue fraguando así, de forma casi imperceptible, hasta acabar en el trabajo que hoy presentamos: “La Eucaristía en San Jerónimo”.

José Juan Fresnillo Ahijón, su autor, es un joven sacerdote; Párroco de Ntra. Sra. de La Estrella, en la Diócesis de Madrid. Licenciado en Teología y con proyecto de doctorarse, cuando se lo permitan sus ocupaciones pastorales. Buen conocedor del griego y latín, y entusiasta de la patrística, tema que nos ocupa en sus gratas visitas al Monasterio. Es así mismo profesor y Jefe de Estudios del colegio Corpus Christi, que dirigen nuestras Hermanas Jerónimas de la Adoración. Amante de la vida religiosa a la que sirve en algunas ocasiones mediante charlas en formación permanente, retiros, ... en determinados monasterios de Madrid.

Al proponerle que se hiciese cargo de este número especial, se sintió atraído, aunque manifestó su desconocimiento de la obra de San Jerónimo, cosa que ha sido para él más un reto que un obstáculo. Ha acometido la tarea con verdadero entusiasmo y dedicación, ahondando y sacando a flote la doctrina eucarística de nuestro Padre; una doctrina que no siempre aparece a primera vista o de forma evidente en los textos de S. Jerónimo.

Quisiéramos que el entusiasmo que ha despertado en José Juan la figura de Jerónimo, profundizando en su obra, se transmitiese a todos los que nos acercamos él a través de su escrito, en el que como bien dice, ha pretendido dejar hablar al Monje de Belén más que hacerlo él mismo.

Agradecemos muy sinceramente el desvelo y la pasión con que nos consta, José Juan ha trabajado. No tenemos con qué pagarlo, pero creemos que en el trabajo lleva la recompensa. Gracias.

Que estas páginas, que llegan en torno a la solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, nos enciendan y motiven a un amor más intenso por la Eucaristía, centro y culmen de la vida cristiana.

No es tarea fácil adentrarse en la doctrina de S. Jerónimo a propósito de la Eucaristía, tanto por lo que respecta a la magnitud de su obra, como a la obra en sí misma. En efecto, si exceptuamos la carta 71, dirigida a Lucinio Bético, en ninguno de sus textos está la Eucaristía como un tema directo a tratar; incluso aquí, se trata de un aspecto sumamente concreto y puntual ante la pregunta de su destinatario sobre la frecuencia en su recepción. A ello se añade el hecho de que, al contrario de lo que ocurre en otros autores –así, por ejemplo, en Gregorio de Nisa<sup>1</sup>– tampoco dedica a este sacramento un amplio espacio en su literatura. No parece ser un tema que esté dentro de las preocupaciones teológicas del monje de Belén, ocupado en los comentarios a la Escritura, las traducciones de diferentes obras, la atención a sus monjes y monjas, la correspondencia con unos y otros y la defensa ante los ataques de sus adversarios; esto lo corrobora el hecho de que las obras dedicadas al estudio de los Padres no aborden lo dicho por Jerónimo sobre la Eucaristía<sup>2</sup>, o el que esté ausente en las más específicas sobre la Eucaristía y los Padres de la Iglesia<sup>3</sup>.

¿Quiere ello decir que no encontraremos nada en S. Jerónimo con respecto a la Eucaristía o que lo que diga carezca de importancia? Hemos de decir que no y que, por lo mismo, no podemos renunciar a la invitación hecha a los monasterios, comunidades religiosas e institutos a redescubrir en su vida y escritos, si no la piedad eucarística practicada y enseñada por él<sup>4</sup> –pues Jerónimo se nos muestra reservado al respecto–, sí al menos lo más destacado de él con relación a la Eucaristía. Para ello, conscientes de su complejidad, creemos poder mostrar la misma convicción de Colombás cuando se refiere a su doctrina sobre el monacato: “Su doctrina se halla desparramada por sus biografías –más o menos noveladas– de santos monjes, sus cartas, sus sabrosos comentarios a los salmos y a otros pasajes de la Biblia que hacía a los religiosos de Belén [...]. Juntando y analizando estos textos, se podría obtener una hermosa obra sobre la vida espiritual

del monje tal como la veía el Santo" <sup>5</sup>. Ahí acudimos también nosotros, de cara a presentar lo dicho por Jerónimo con relación a la Eucaristía, sabiendo que la tarea nos supera y agradeciendo a los Monjes de Sta. María del Parral la confianza depositada en nuestra capacidad y posibilidades para algo que, sin lugar a dudas, las excede.

La obra de Jerónimo es inmensa y su riqueza mucho mayor, esta riqueza ha hecho gozar al autor de estas páginas durante su preparación, que se ha convertido en tiempo de descubrimiento de S. Jerónimo. Lo que presento a continuación sé que no puede, ni mucho menos, pretender ser una palabra definitiva sobre la Eucaristía en S. Jerónimo; las páginas que siguen son, simplemente, merecedoras sólo del título de "Apuntes sobre

la Eucaristía en S. Jerónimo", una invitación a profundizar en ello de modo más pleno. Es por esto por lo que he querido dejar hablar a Jerónimo una y otra vez, presentando sus textos, introduciéndolos, de modo que sean los textos los que hablen, más que el autor de este escrito, y que así el lector pueda acudir a la fuente. Ante ello, esperamos, no sólo no defraudar a los Monjes Jerónimos y la confianza dada, así como tampoco al lector, sino también ayudar a mostrar esa veta eucarística de Jerónimo, que estando presente en toda la Familia Jerónima, se muestra de



Grabado de Juan Domingo Tiepolo.

manera especial en las Jerónimas de la Adoración, a las que este osado escritor se siente y está especialmente vinculado. A ellas, y a todos los que desde el Colegio Corpus Christi están unidos a ellas, dedico estas páginas, las cuales no dejan de ser más que un adentrarse ligeramente en la grandeza de S. Jerónimo.

Una última palabra sobre la distribución de este escrito. En un primer momento presentamos los lugares en los que el término “Eucaristía” aparece en la obra jeronimiana. Desde ellos abordaremos, o mejor, presentaremos algunos aspectos de la doctrina y vivencia eucarística de S. Jerónimo. Tras estos textos acudimos a lo dicho por S. Jerónimo a propósito de la institución de la Eucaristía en el Evangelio de Mateo y los aspectos que de ahí surgen. En tercer lugar intentamos ilustrar la presentación que S. Jerónimo hace de la Eucaristía como sacrificio y como comida. A continuación, presentamos de modo ordenado algunos rasgos de la celebración de la Eucaristía que se descubren en los textos de Jerónimo. Tras todo ello hemos considerado oportuno, dado que el Año de la Eucaristía coincide con el Año de la Inmaculada, ofrecer un texto de S. Jerónimo que bien puede iluminar ambas celebraciones.

## I.- APROXIMACIÓN A LOS LUGARES QUE APARECE EL TÉRMINO EUCARISTÍA

EN

A la hora de aproximarnos a lo dicho por S. Jerónimo con respecto a la Eucaristía, lo primero que hemos de señalar es la escasez de lugares en que aparece el término “Eucaristía” en su obra: sólo en la *Carta a Lucinio*, en la *Carta a Teófilo*, en el *Comentario a Sofonías*, en la *Discusión del Luciferano y del Ortodoxo* y en el *Diálogo contra los Pelagianos*. Ello, sin embargo, no significa que sólo en esas obras podamos encontrar referencias a la Eucaristía, ni que sólo pueda ser abordado desde ellas lo que la Eucaristía es y significa para Jerónimo. En efecto, lo dicho allí, las expresiones utilizadas, las citas bíblicas presentadas, etc., nos llevan necesariamente a otras expresiones y, por consiguiente, a otros lugares de la vasta producción de

Jerónimo que nos permiten intentar adentrarnos en su reflexión. Ahí están, por ejemplo, las referencias al cuerpo de Cristo o al capítulo 6 del evangelio de Juan, por señalar algunas <sup>6</sup>.

## 1.- La Epístola 71, a Lucinio.

Puestos a adentrarnos en lo dicho por Jerónimo, optamos por comenzar por los datos que encontramos en la citada *Carta a Lucinio*. Quizás otros textos fueran más iluminadores para hacer de pórtico a la presentación del pensamiento eucarístico de nuestro Santo; y puede, incluso, que otros piensen que habría otros pasajes más significativos para ello. Lo cierto es que, sin despreciar el ser un texto con referencia a España, donde nos encontramos; éste es, sobre todo, el único lugar en que, como decíamos, se propone directamente abordar un aspecto de la Eucaristía, utilizando este término en repetidas ocasiones. En esta respuesta a Lucinio Bético se percibe, además, su veneración por la Eucaristía, al decirle:

Sobre lo que preguntas, con respecto a si hay que ayunar el sábado y si se ha de recibir cotidianamente la Eucaristía, como dicen que hacen la iglesia romana y la de España, [...] ¡Ojalá pudiéramos ayunar en todo tiempo, como leemos en los Hechos de los Apóstoles que hizo Pablo y los creyentes que estaban con él en los días de Pentecostés y el domingo -sin que deban ser acusados como herejes maniqueos- y también recibir siempre la Eucaristía sin condenación nuestra y sin remordimiento de conciencia, y oír al salmista, que dice: *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Salmo 33,9), y cantar con él: *Me brota del corazón un poema bello* (Salmo 44, 2)!(Ep. 71, 6).

El aspecto que aborda el texto es la recepción diaria de la Eucaristía, para lo que utiliza la expresión “recibir la Eucaristía” (*Eucharistiam accipere*), tanto al señalar la pregunta de Lucinio (*si se ha de recibir cotidianamente la Eucaristía*), como al mostrar su respuesta (*recibir siempre la Eucaristía*). No es éste, hemos de decir, el único lugar en que aparece dicha expresión;

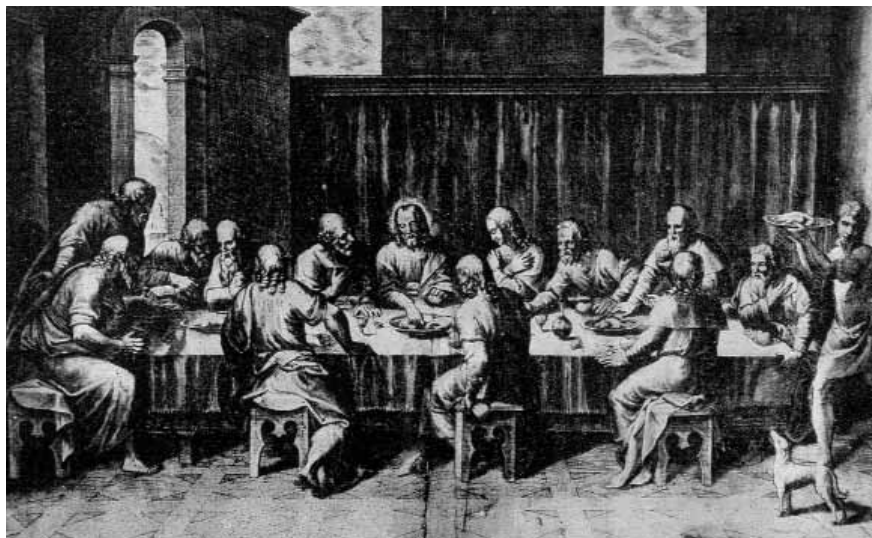
también lo hace en la *Discusión del Luciferano y el Ortodoxo*. Así, cuando presenta la acusación del luciferano<sup>7</sup> a los miembros de la católica por mantener a los clérigos procedentes del arrianismo en sus funciones, pone en labios de aquél: *recibís hoy la Eucaristía de manos de aquél, al que ayer menospreciabais como si fuera un ídolo* (n. 5).

El uso del verbo nos permite descubrir el paralelismo de la expresión citada, con otras como “recibir el Cuerpo de Cristo” (*corpus Christi accipere*). Esta expresión la encontramos en la *Carta a Teófilo*, ya mencionada, y en ella se identifica el cuerpo de Cristo con la Eucaristía<sup>8</sup>. Igualmente aparece en el *Contra Joviniano* y su uso en esta obra<sup>9</sup> nos invita a acudir a los verbos que significan “comer” y “beber”<sup>10</sup>, así como a lo dicho por Jerónimo sobre los panes de la proposición y las referencias a 1Co 11, 27<sup>11</sup>. A su vez, en la *Carta a Panmaquio* (Ep.49), donde se defiende por los ataques a consecuencia de la obra a la que nos acabamos de referir, la expresión es utilizada tres veces y en una de ellas muestra un paralelismo con la carta 71, no sólo en la expresión, sino también en el asunto tratado, dado que menciona la costumbre de la Iglesia de Roma con respecto a la recepción frecuente de la Eucaristía, como puede verse en el texto que reproducimos ahora a título ilustrativo y sobre el que luego volveremos:

Sé que en Roma hay esta costumbre: que los fieles reciban siempre el cuerpo de Cristo; lo que ni repruebo ni apruebo, (n. 15)

Junto a esta expresión, la carta a Panmaquio nos ofrece otras con referencia a la Eucaristía: “acceder al Cuerpo de Cristo” (*ad Christi corpus accedat*), “comunión” (*communio*) y “comulgar el Cuerpo de Cristo” (*communicasse corpori Christi*).

Finalmente, por lo que respecta a la expresión “recibir la Eucaristía” (*Eucharistiam accipere*) y sus similares, no podemos dejar de mencionar las referencias de Jerónimo a la institución de la Eucaristía, en concreto al texto del Evangelio de Mateo. Así en el *Comentario al Evangelio de Mateo*, cita Mt 26, 26, donde se lee: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo*; lo mismo que



Grabado de Gasparo Osello.

ocurre en la *Carta a Hebidia* (Ep. 120). Destacable a este respecto es la presencia de esta misma forma verbal, “tomad” (*accipite*), citando Mt 26, 27, en el *Comentario a Isaías*, donde, al referirse a Is 55, 1, ofrece así dicho versículo del evangelio según S. Mateo: *Tomad y bebed, ésta es mi sangre*. En efecto, ni en los otros lugares citados, donde se refiere a la institución de la Eucaristía, ni en la *Vulgata*, encontramos que dicha forma verbal preceda a las palabras pronunciadas sobre el cáliz.

El texto citado de la carta 71 no sólo nos ofrece información sobre la expresión *Eucharistiam accipere* y nos invita a acudir a lugares que podemos considerar paralelos, como los señalados; sino que también nos informa de la recepción diaria de la Eucaristía, desde la presencia del adverbio *cotidie* (cada día, diariamente, cotidianamente). Es a ello, a lo que se refiere la pregunta formulada anteriormente por su destinatario, y a lo que Jerónimo pretende dar respuesta. Pese a esto, es cierto que ni de la respuesta dada en la carta, ni desde otros lugares, podemos intuir cuál era la práctica de S. Jerónimo al respecto, o lo que recomienda a sus monjes<sup>12</sup>; pero sí que mues-

tra esa recepción diaria como algo deseable, como se observa en el texto<sup>13</sup>. No obstante, podríamos intuir la posibilidad de dicha recepción diaria, presente en esta carta como deseo, en lo que dice a Dámaso en la Carta 21, comentando la parábola del Hijo pródigo, en su comienzo:

*“Y comenzaron a celebrar el banquete”* (Lc 15, 24b). Este banquete se celebra cada día (cotidie); diariamente (cotidie) el padre recibe al hijo, siempre (semper) se inmola Cristo por los creyentes (n. 27).

Lo mismo con respecto a la *Carta a Hebidia*, ya mencionada:

Bebemos su sangre y sin él no podemos beber; cada día (cotidie), en sus sacrificios, pisamos los rojos mostos del producto de la verdadera vid y de la viña de Sorech, que significa “elegida”, y de ellos bebemos el vino en el reino del Padre (Ep. 120, 2).

También en el *Comentario a Isaías*, a propósito de Is 5, 20, donde dice:

*Cada día, saciados con el pan celestial, decimos: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”.*

Los textos ofrecidos, como decía, más que una respuesta concreta, son sólo pistas que nos llevan a intuir algo. Lo que sí es cierto, no obstante, es que Jerónimo nos da una información sumamente valiosa con respecto a la frecuencia de la celebración y recepción de la Eucaristía. Por una parte, el hecho de ser practicada la recepción diaria en las Iglesias de Roma y España<sup>14</sup>; por otra, el que la frecuencia de la recepción de la Eucaristía sea una problemática presente en estos primeros siglos, como indica en el texto de la carta 71 que reproducimos a continuación, donde señala que ya Hipólito se ocupó de esta cuestión:

Sobre esto escribió ya Hipólito, varón muy elocuente -y de pasada también otros autores, tomándolo de fuentes varias-, por mi parte, para amonestarte brevemente, pienso que las tradiciones eclesiásti-

cas –sobre todo las que no dañan a la fe- deben guardarse tal como fueron transmitidas por los mayores y que una costumbre no ha de ser destruida por la práctica contraria (n.6).

Es probable que este Hipólito sea el autor de la *Tradición Apostólica*<sup>15</sup>, en cuyo caso se confirmaría la opción de Jerónimo por esa práctica, dado que parece ser avalada por dicho documento<sup>16</sup>. Jerónimo, pese a todo, no entra en el meollo de esta polémica, como se percibe, tanto desde el texto que acabamos de citar, como, sobre todo, desde lo dicho al respecto en la *Carta a Panmaquio*, donde afirma que ni aprueba ni reprueba esa costumbre de la Iglesia de Roma<sup>17</sup>. Él nos atestigua, eso sí, la existencia de esa problemática entre diferentes iglesias locales, por la que otros sí que batallaron<sup>18</sup> y que preocupaba a más de uno, como prueba no sólo la consulta que realiza Lucinio a Jerónimo, sino también, por ejemplo, la que se le hace por la misma fecha a Agustín de Hipona<sup>19</sup>. En este sentido, conviene destacar que dentro de la vida monástica y su literatura, no fue éste un aspecto que preocupase mucho, sino que los monjes se amoldaban a lo que era costumbre en la Iglesia local a la que pertenecían y adoptaban esas costumbres<sup>20</sup>.

Lo señalado al final de la cita: *oír al salmista, que dice: “Gustad y ved qué bueno es el Señor” (Salmo 33,9), y cantar con él: “Me brota del corazón un poema bello” (Salmo 44, 2)*, bien puede indicarnos la presencia de estos dos salmos como cantos en el momento de la Comunión. La presencia del primero está generalizada<sup>21</sup>, como el mismo Jerónimo dice en su *Comentario a Isaías*, al afirmar: *cada día, saciados con el pan celestial, decimos: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”*<sup>22</sup>. Con respecto al salmo 44, 2, hemos de indicar también lo dicho por Jerónimo al papa Dámaso, en la carta 21, ya citada, donde lo presenta como propio para la alabanza tras la comunión: *Comprendes conmigo, fiel lector, que, saciados con esta grosura, salga de nosotros un eructo de su alabanza, diciendo: Me brota del corazón un poema bello, recito mis versos a un rey*<sup>23</sup>.

Finalmente, la referencia a recibir la Eucaristía sin condenación<sup>24</sup>, nos invita a acudir a los lugares en los que S. Jerónimo recurre a 1Co 11, 27-29.

Estos versos son utilizados repetidas veces por él, como ocurre en el testimonio citado de *Contra Joviniano*, en el *Discurso contra los Pelagianos*, en su *Comentario a Tito* y en la *Carta 49*, también citada, pero de ello nos ocuparemos más adelante, cuando alguno de esos versículos aparezca citado en su literalidad.

## 2.- La Epístola 82, a Teófilo, del año 396 - 397.

En esta carta, centrada en la paz, dirigida al patriarca de Alejandría, ante la acusación realizada contra Jerónimo y sus monjes de Belén por Juan de Jerusalén, leemos la siguiente referencia a la Eucaristía:

Ignoramos una paz sin caridad, una comunión sin paz. En el Evangelio leemos: *Si ofreces tu don en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu don, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve y ofrece tu don* (Mt 5, 23-24). Si no podemos ofrecer nuestros dones sin paz, ¡cuánto menos recibir el Cuerpo de Cristo! ¿Con qué conciencia responderé “Amén” a la Eucaristía de Cristo, si dudo de la caridad del que me la entrega?

Te pido, que me escuches con paciencia, no creas que la verdad es adulación. ¿Acaso contigo comulga alguno forzado? ¿Alguno, extendida la mano, vuelve la cara y ofrece el beso de Judas en medio del banquete sagrado? (Ep. 81, 2-3).

El texto, al que aludimos en el análisis de la *Carta a Lucinio*, nos ofrece algunos elementos que merecen ser destacados.

En primer lugar mencionamos la denominación de la Eucaristía como banquete sagrado (*sacras epulas*), una idea que aparecerá en otros lugares; aquí, usando la palabra latina *epulum*, con una forma del verbo *epular* unida a “banquete” (*convivium*), en la carta 21, dirigida a Dámaso<sup>25</sup>; o sólo *convivium*, como en el comentario a Ez 41, <sup>726</sup> o en la carta a Hebidia <sup>27</sup>. También es destacable el *Comentario a Oseas*, donde designa a Cristo como

“comensal/convidado” (*conviva*)<sup>28</sup>, y la referencia a la mesa de Dios en el *Comentario a Malaquías*<sup>29</sup>.

También hay que señalar la relación unitaria entre la comunión eclesial y la eucaristía. En la misma dirección se encuentra lo que leemos cuando, a propósito del Salmo 87, habla de acercarse en la unidad de la paz (*in unitate pacis accedere*) a las carnes del Salvador, al decir:

Si quisiéramos exponer todo el salmo, nos parece que nos retrasamos a nosotros mismos, a los que ya la hora nos impulsa a acercarnos a las carnes del Salvador, verdadero cordero, con pura e inmaculada conciencia en la unidad de la paz, para que podamos ser saciados dignamente con el pan celestial, por Cristo Jesús, Señor nuestro. Al cual pertenece la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

El texto muestra esa unidad de la paz, esa comunión de la que habla la *carta a Teófilo*, como condición para la recepción digna de la Eucaristía; y, a su vez, nos presenta otra expresión para referirse a la Eucaristía, en la que nos habremos de detener posteriormente: *acercarse a las carnes del Salvador, verdadero cordero (ad carnes Salvatoris veri agni [...] accedere)*. Dicho término, *carne*, para referirse al cuerpo de Cristo, aparece también en otros lugares: las Cartas 21<sup>30</sup> y 64<sup>31</sup>; la homilía sobre el salmo 145<sup>32</sup>, o sobre el 15, ya en la segunda serie<sup>33</sup>; el *Comentario a la Carta a los Efesios*<sup>34</sup>, el *Comentario a Oseas*<sup>35</sup>, el *Comentario a Isaías*<sup>36</sup> o el *Comentario al Eclesiastés*<sup>37</sup>.

Junto a ello, la convicción no sólo aquí sino también en otros lugares, de la superioridad de la Eucaristía y su importancia con respecto a las demás realidades. Así lo muestra lo dicho a continuación de la cita de Mt 5, 23-24: *Si no podemos ofrecer nuestros dones sin paz, ¡cuánto menos recibir el Cuerpo de Cristo!* Expresiones similares encontramos en otros lugares de su obra, mostrando igualmente esta superioridad como, por ejemplo, en la carta 49, dirigida a Panmaquiuo:

¿Qué es más, orar o recibir el cuerpo de Cristo? Sin duda, recibir el cuerpo de Cristo. Si por el coito, se impide lo que es menos, mucho más lo que es más<sup>38</sup>.

De modo parecido se expresa en su *Homilía sobre el Éxodo en la vigilia de Pascua*:

Pues si quienes habían estado con sus esposas no podían comer los panes de la proposición, ¿cuánto menos podrá ser violado y tocado por ellos aquel pan que bajó del cielo?

Desde aquí hay que comprender tanto la exigencia de santidad para la recepción de la Eucaristía<sup>39</sup>, como lo reclamado a los sacerdotes<sup>40</sup> o la veneración y el respeto que le merecen también<sup>41</sup>. A este respecto, hemos de citar lo que le indica al mismo Teófilo en otra carta, la 114, donde además no sólo habla de la reverencia con que se ha de ejercer el ministerio del altar, sino también de la veneración hacia lo utilizado en él:

Hemos admirado en tu obra la utilidad para todas las iglesias, para que los que ignoran, enseñados por los testimonios de las Escrituras, aprendan con qué veneración deben tomar las cosas santas y servir al ministerio del altar de Cristo, y los sagrados cálices, los santos velos y las demás cosas que pertenecen al culto de la pasión del Señor, no como cosas inanes y sin tener santidad por carencia de sentido, sino que por su contacto con el cuerpo y la sangre del Señor, deben ser venerados con la misma majestad que su cuerpo y su sangre (Ep 114, 2).

Señalamos un último testimonio en favor de la importancia de la Eucaristía; se trata de un episodio de la Vida de S. Hilarión, en el caso de que a ella se refieran las expresiones *dar culto al Señor y servicio divino*:

[...] recibidos por otro monje[...] como el día era domingo, fueron invitados por él todos a la viña, para que antes de la hora de la comi-



Grabado por F. Ragot, según el cuadro de Rubens en la Iglesia de Saint-Rambout.

da aliviarian la fatiga del camino comiendo unas uvas. Y el santo dice: “¡Maldito sea el que busca antes la restauración del cuerpo que la del alma! Recemos, cantemos salmos, demos culto al Señor, y así nos acercaremos a la viña”. Luego, una vez terminado el servicio divino, puesto en pie, bendijo a la viña [...]”<sup>42</sup>.

Terminamos la referencia a esta carta 82, indicando que en ella se reflejan algunos usos litúrgicos, tales como el comulgar en la mano, la respuesta “Amén” a la comunión y el beso de la paz antes de la comunión<sup>43</sup>.

### 3.- El comentario al profeta Sofonías.

Dentro de este comentario, cuando aborda el capítulo 3 (en concreto 3, 4b): *Sus sacerdotes profanan las cosas santas y actúan injustamente contra la ley*, nos encontramos con lo siguiente:

También los sacerdotes, los cuales sirven a la Eucaristía y reparten la sangre del Señor a los pueblos del Señor<sup>44</sup>, obran impiamente contra la ley de Cristo al pensar que las palabras del que impreca, y no la vida, hacen la Eucaristía y [pensar] que es necesario sólo la oración solemne y no los méritos de los sacerdotes, sobre los que se dice: *El sacerdote en el que hubiera mancha no se acerque a ofrecer las oblationes al Señor* (Cf. Lv 21, 17.21). Aunque los sacerdotes hacen estas cosas en Jerusalén [...], con todo, el Señor es clemente y justo. Clemente, porque no se aparta de su Iglesia; justo, porque da a cada uno lo que se merece.

Y luego, añade:

Los sacerdotes, (los cuales dan el Bautismo y en la Eucaristía imprecán la venida del Señor) [...] no tanto se indignen contra nosotros, que exponemos estas cosas, y contra los profetas, que las vaticinaron, cuanto rueguen al Señor y actúen con esmero para no merecer ser de los sacerdotes que violan las cosas santas del Señor.

Lo dicho sorprende por varios aspectos. Primeramente, por lo que bien pudiéramos calificar como su dureza contra los sacerdotes; sobre todo cuando la tónica general en Jerónimo, como hemos indicado, es de respeto y reconocimiento ante ellos por su relación especial con la Eucaristía. Así, por ejemplo, en la Carta 14,8:

Fuera de mí el decir algo negativo de aquéllos que, sucediendo en la jerarquía apostólica, hacen realidad con su sagrada boca el Cuerpo de Cristo.

O al comienzo de la Carta 146, cuando se queja a Evángelo y dice, con respecto a un diácono, ante la tentativa de anteponer a los diáconos a los presbíteros y obispos:

¿Qué le ocurre al servidor de las mesas y de las viudas, para que se enfurezca henchido sobre aquéllos, a cuyas peticiones se hace realidad el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

Pero ni se contradice con lo afirmado en este último texto, ni en el anterior usa de ironía, sino que el mismo respeto y reconocimiento de la Eucaristía –así como de su función–, expresado en diferentes lugares, le lleva, por una parte a ese respeto y veneración por los que la hacen posible y con ella toda la vida cristiana<sup>45</sup>, como muestran estas dos citas; y por otra a la exigencia de una vida que se corresponda con su realidad. La frase de Sofonías y su concepción de la profecía, en tanto que vaticinio, le lleva, pues, en este caso, a esa exigencia y dureza. Sin embargo, no es el único lugar en el que se muestra exigente con los sacerdotes.

Así dice en su *Carta a Fabiola*, apoyándose en Lv 21, 12:

¡Cuánto más el pontífice y obispo, el cual debe ser sin pecado y lleno de tantas virtudes, que siempre more en el Santuario (Lv 21, 12a) y esté preparado para ofrecer víctimas por el pueblo, mediador entre Dios y los hombres, que hace realidad con su sagrada boca las

carnes del Cordero, *porque sobre él está el óleo santo del ungido de Dios* (Lv 21, 12c) (Ep 64, 5).

O comentando la carta a Tito (1, 8), donde explicita lo dicho en el texto que acabamos de citar:

Y así pues, igual que en el obispo deben estar principalmente la mansedumbre, la paciencia, la sobriedad, la moderación, la abstinencia de lucro, la hospitalidad y la benignidad, y la eminencia por encima de todos los laicos; así también la castidad propia y, por así decir, el pudor sacerdotal, para que no sólo se abstenga de toda obra inmunda, sino también la mente que ha de hacer realidad el Cuerpo de Cristo esté libre de echar los ojos y del error del pensamiento.

No hemos de pensar, pues, en una crítica a la eficacia de los sacramentos “*ex opere operato*” y una apuesta exclusiva por el “*ex opere operantis*”, sino más bien, desde lo dicho en Sofonías con el recurso a la exhortación presente en Lv 21, 17 y 21, en una amonestación a la necesaria correspondencia entre la vida y el ministerio del sacerdote, en el sentido de los dos últimos textos citados. Lo dicho por él en el *Comentario a Sofonías* se situaría más bien en la línea de la exhortación a la santidad de los presbíteros que hace el Vaticano II<sup>46</sup>, siendo una llamada de atención ante el riesgo de disociar la vida del ministerio. No hay, pues, negación de la eficacia *ex opere operato* –lo cual, quizás, no se planteaba en su tiempo-, sino una crítica a llevar una vida no acorde con el sacerdocio por quedarse en una comprensión ritualista del mismo, sin más, desde una errónea concepción del mismo. Es verdad que aplica la dura frase del Levítico, signo de la santidad exigida al sacerdote, pero también la afirmación de que Dios es clemente y no se aparta de su Iglesia. Prueba de lo que venimos diciendo, serían los otros textos, en los que para nada se menciona la vida y los méritos de los sacerdotes, sino las palabras pronunciadas por su boca, y de modo especial el fragmento citado del *Comentario a la Carta a Tito*.

En esta relación entre el sacerdocio y la Eucaristía, no podemos menos que fijarnos en las palabras que se refieren a la actuación de los sacerdotes: *serven a la Eucaristía y reparten la sangre del Señor a los pueblos del Señor (Eucharistiam serviunt et sanguinem Domini populis eius dividunt); hacen la Eucaristía (eucharistiVan facere) e imprecán la venida del Señor (Domini imprecantur adventum).*

*Servir a la Eucaristía* es expresado también en otros lugares, aunque no necesariamente con el verbo *servio*. Así, en la Carta 114, 2 utiliza *altaris Christi ministerio deservire* y en la *Discusión del Luciferano y el Ortodoxo* pone en boca del primero lo siguiente:

No es lo mismo derramar lágrimas por los pecados, que ocuparse (*attrectare*) del Cuerpo del Señor. No es lo mismo arrojarse a las rodillas de los hermanos, que desde el lugar sublime servir la Eucaristía al pueblo (n 3).

No ocurre lo mismo con la otra parte de esta primera expresión: *repartir a los pueblos del Señor la Sangre del Señor*, para la que no encontramos expresiones similares o paralelas. Sí es cierto que la Sangre del Señor es mencionada en diferentes lugares en un contexto de referencia a la Eucaristía, así como que en muchos de esos lugares se habla de *beber el cáliz o beber la sangre del Señor*, pero, salvo aquí, en ningún otro sitio encontramos referencia a una distribución de la Sangre del Señor. Lo más cercano es el uso del verbo *propino* en el *Comentario a Mateo*, a propósito de la institución de la Eucaristía<sup>47</sup>, y el uso de *accipio* con el complemento *ab eo* (*recibir de él*) en la *Carta a Hebidia*<sup>48</sup>.

Destacable y, en cierto modo, chocante a nuestros oídos, es la segunda expresión que subrayamos: *hacer la Eucaristía*. Con ella S. Jerónimo se refiere a la necesaria colaboración del sacerdote y su oración, preces o imprecaciones, de cara a la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, como muestra el texto del *Comentario a Sofonías*, con el que se abre este apartado. Es un modo de hablar típico y propio de Jerónimo, que

aquí utiliza el verbo *facio* y en otros lugares *conficio*, de cara a referirse a esta conversión, pero ausente de otros autores de los primeros tiempos<sup>49</sup>. Sólo encontramos una expresión semejante a éstas en la *Quinta Catequesis Mistagógica* de Cirilo de Jerusalén, quien señalando la acción del Espíritu Santo en la Eucaristía, afirma que su presencia sobre la ofrenda hace al pan Cuerpo de Cristo y al vino Sangre de Cristo<sup>50</sup>, pero el verbo “hacer” no se refiere aquí al sacerdote, sino al Espíritu Santo y su presencia.

Otro aspecto destacable, tanto del versículo del profeta Sofonías que está comentando, como de la cita del libro del Levítico, es la consideración de la Eucaristía como sacrificio; y ello, fundamentalmente, desde la presencia del término oblación. Dicha consideración está presente y significa- da en diferentes lugares de la obra de S. Jerónimo.

Junto a estos tres escritos, ya mencionados, el término Eucaristía aparece también en los textos que podríamos denominar “de controversia”. Nos referimos a la *Discusión entre el Luciferano y el Ortodoxo* y al *Diálogo contra los Pelagianos*.

#### 4.- La Discusión del Luciferano y el Ortodoxo.

La obra presenta la disputa entre los seguidores del obispo Lucifer, quienes, en su rigorismo, propugnaban que los arrianos que volvieron a la Iglesia debían permanecer entre los laicos, aun tratándose de clérigos; y la postura de la Católica, representada por el Ortodoxo, que los mantenía en su oficio. En medio de la disputa surge la referencia a la Eucaristía, con textos que ya hemos citado, pero que reproducimos:

3. Luciferano: [...] No es lo mismo derramar lágrimas por los pecados, que ocuparse del Cuerpo del Señor (*corpus attractare Domini*). No es lo mismo arrojarse a las rodillas de los hermanos, que desde el lugar sublime servir la Eucaristía (*Eucharistiam ministrare*) al pueblo. [...] . Si te arrepientes de haber pecado, renuncia al oficio del

sacerdote; si tienes confianza de haber pecado, permanece en lo que fuiste.

5. Luciferano: [...] Desde todo ello se muestra que vosotros por medio de un poco de levadura habéis echado a perder toda la masa de la Iglesia, y hoy recibís la Eucaristía (*Eucharistiam accipere*) de manos de aquél, al que ayer rechazabais con menosprecio, como si fuera un ídolo.

21. Ortodoxo: Hilario, siendo diácono cuando se apartó de la Iglesia [...] ni puede llevar a realidad la Eucaristía (*Eucharistiam conficere potest*), al no tener obispos y presbíteros, ni transmitir el Bautismo sin la Eucaristía.

Más allá de la polémica propia de la obra en sí, dado que lo que nos ocupa es lo referido a la Eucaristía, lo afirmado en estos fragmentos ya ha sido abordado en puntos anteriores, e incluso citados los textos. Así las expresiones “recibir la Eucaristía” (*Eucharistiam accipere*) y “hacer realidad la Eucaristía” (*Eucharistiam conficere*), lo mismo valdría para la expresión “servir la Eucaristía” (*Eucharistiam ministrare*), desde lo dicho en Sofonías ante la expresión *Eucharistiae serviunt*. Sin embargo, los fragmentos transcritos se refieren a otros aspectos también y nos invitan a considerarlos. Hemos de señalar, si atendemos primeramente a las expresiones referidas a la Eucaristía, la expresión “ocuparse del cuerpo del Señor” (*corpus attrectare Domini*); el texto además nos lleva a interrogarnos sobre qué significa *de sublime loco*, afirmado del servir la Eucaristía; e ilumina la relación de la comunión eucarística con la comunión eclesial; así como muestra la vinculación, presente en otros lugares, entre la Eucaristía y el sacerdocio, amén de la realidad misma de éste; y la relación entre el Bautismo y la Eucaristía.

Pero vayamos a cada uno de los puntos indicados. Nos ocupamos primeramente de la expresión *corpus attrectare Domini*. El verbo, compuesto de *tracto*, al que se une la preposición *ad*, es el que nos da la clave, dado que *tracto*, estará presente en las palabras de la ordenación sacerdotal, cuando se le dice al ordenando *imitamini quod tractatis*, al entregarle el



Estampa de Hugo Goltzius.

cáliz y la patena. Es pues, una expresión propia para referirse a la Eucaristía, consagrada, a su vez, por las palabras de la ordenación.

Lo dicho con respecto a esta expresión nos lleva a la ya indicada vinculación entre la Eucaristía y el sacerdocio. Dicha vinculación, tanto aquí como en otros lugares, viene expresada desde su poder hacer realidad la Eucaristía, el “hacer la Eucaristía”, de lo que nos ocupamos antes<sup>51</sup>. Desde ahí, como ya indicamos, hemos de entender las exigencias para los sacerdotes, presentadas en relación con la Eucaristía. Pero dicha vinculación no viene expresada sólo aquí, sino también en otros lugares. Esto ocurre de manera especial cuando S. Jerónimo se ocupa del Salmo 109, 4, donde se afirma el sacerdocio de Cristo: *Tú eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec*. Dicho sacerdocio es afirmado y aplicado a Cristo desde la ofrenda de pan y vino realizada por Melquisedec en Gn 14, 18, como señala, entre otros lugares, en la Homilía a dicho salmo:

Interpretemos, pues, sólo esto: *Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*. Digamos sólo esto, por qué ha dicho *según el orden*. *Según el orden*: en modo alguno serás sacerdote según las vícti-

mas judías, sino serás sacerdote según el orden de Melquisedec. Pues así como Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino, así también tú ofrecerás tu cuerpo y tu sangre, verdadero pan y verdadero vino. Este Melquisedec nos dio estos misterios que tenemos. Él es el que dijo: *Quien coma de mi carne y beba mi sangre* (Jn 6, 55): según el orden de Melquisedec nos entregó su sacramento.

En esta vinculación entre la Eucaristía y el sacerdocio, hemos de destacar lo afirmado en el último de los fragmentos que citábamos, al negar la posibilidad de Hilario, por ser diácono, de hacer realidad la Eucaristía, dado que no tiene ni presbíteros ni obispos. Es a estos dos grupos, a los que en ocasiones no distingue del todo<sup>52</sup>, a los que pertenece esa potestad, como señala claramente en el texto que nos ocupa, el que recoge la *Discusión entre el Luciferano y el Ortodoxo*<sup>53</sup>, así como en la *carta 146*, donde criticando el anteponer a los diáconos a éstos, se pregunta:

¿Qué le ocurre al ministro de las mesas y las viudas, para que, henchido, se levante sobre aquéllos [los obispos y presbíteros]<sup>54</sup>, a cuyas preces se hace el cuerpo y la sangre de Cristo?

Por lo que se refiere a esta relación entre la Eucaristía y el sacerdocio, hemos de decir algo sobre la expresión *de sublime loco*, presente al decir: *servir la Eucaristía al pueblo desde un lugar elevado*. Sin necesidad de introducirnos en la arquitectura de los templos y la elevación o no del altar, que fue realizándose poco a poco<sup>55</sup>, hemos de decir que la expresión podría ser referida, tanto a la elevación del lugar desde el que se distribuye la Eucaristía, como a la veneración y reconocimiento que S. Jerónimo reconoce al sacerdote.

La unión entre la comunión eucarística y la eclesial está presente también en los fragmentos citados, aunque bien indirectamente, cuando en el número 5 el luciferano critica que los miembros de la Iglesia reciben la Eucaristía del clérigo que había sido arriano, cuando antes era despreciado. Dicha recepción es muestra de la identidad de fe y de la unidad de fe,

de la comunión entre los creyentes en la misma fe, entre los miembros de la misma Iglesia, como explícitamente afirmó en la *Carta 82*.

Un último aspecto surge de lo dicho al final del último fragmento, cuando afirma que Hilario no puede transmitir el Bautismo sin la Eucaristía. Lo dicho choca a nuestros oídos, acostumbrados a la distancia en el tiempo de los sacramentos de la iniciación cristiana, así como al hecho de que el sacramento del Bautismo pueda administrarlo un diácono; pero no a los de los tiempos de S. Jerónimo, donde tras el Catecumenado los neófitos recibían también la Eucaristía y existía una íntima trabazón entre Bautismo y Eucaristía<sup>56</sup>. A título de ejemplo, citemos un fragmento de su *Diálogo contra los Pelagianos*:

Al salir de la fuente del Bautismo y regenerados en el Señor Salvador, cumplido lo que está escrito a propósito de ellos: *Bienaventurados aquéllos a los que se han perdonado sus maldades, cuyos pecados han sido sepultados* (Ps 31, 1), inmediatamente, en la primera comunión del cuerpo de Cristo, dicen: *Y perdónanos nuestras deudas*, las que les fueron perdonadas en la confesión de Cristo (L.3, n. 15).

## 5.- El Diálogo contra los pelagianos.

El apartado anterior lo cerrábamos con una cita de esta obra, desde la que ilustrábamos la relación entre el Bautismo y la Eucaristía. Hemos de volver a este Diálogo, donde aparece también el término Eucaristía, indicándonos el modo de tomarla.

Si el hombre comiera de las cosas santificadas por ignorancia, se le imputa iniquidad y delito, y estará obligado por el voto (cf. Lv 22, 14). De ahí que el Apóstol avise de deber tomar con cautela (*cum cautione sumendam*) la Eucaristía del Señor, para que no la tomemos para nuestra condenación y juicio (cf. 1Co 11, 28s). ¡Si en la ley es condenada la ignorancia, cuánto más el conocimiento en el Evangelio!



Grabado de Heemskerck.

Así se expresa en 1, 34, invitándonos a desentrañar el significado de *cum cautione sumendam*. Aunque la expresión no aparece en la cita paulina a la que se refiere, sí que el situar lo dicho por S. Pablo como finalidad de ese tomar la Eucaristía con cautela nos lleva a acudir a la presencia de dicha cita para aclarar el significado. La cita paulina alude a la recepción indigna del Cuerpo y la Sangre del Señor y en ese sentido tal cual es usada en diferentes ocasiones por Jerónimo. Así ocurre al comentar Ti 1, 15, donde lo refiere a los no creyentes e impuros:

Por lo demás, tampoco a los infieles e impuros aprovecha el pan de bendición y el cáliz del Señor; porque el que indignamente comiere de aquel pan y bebiere de aquel cáliz, come y bebe su juicio.

También en la carta 71, de la que nos ocupábamos en primer lugar, mostrando su deseo de poder recibir cada día la Eucaristía:

¡Ojalá pudiéramos ayunar en todo tiempo, que leemos en los Hechos de los Apóstoles que hizo Pablo y los creyentes que estaban con él en los días de Pentecostés y el domingo -sin que deban ser acusados como herejes maniqueos-[...] y también recibir siempre la Eucaristía sin condenación nuestra y sin remordimiento de conciencia, y oír al salmista, que dice: *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Salmo 33,9), y cantar con él: *Me brota del corazón un poema bello* (Salmo 44, 2) (n. 6).

Los testimonios presentados nos invitan a comprender dicha cautela en el sentido de la disposición o preparación para recibir la Eucaristía. En este sentido, habría que añadir otros textos que apuntan en la misma dirección y señalan la necesidad de un acercamiento digno a la Eucaristía. Ahí está lo dicho al final de su exposición sobre el Salmo 87:

Si quisiéramos exponer todo el salmo, parecería que, aquéllos a los que se nos echa encima la hora, nos retrasamos en acceder a las carnes del Salvador, el verdadero cordero, con conciencia pura e

inmaculada en la unidad de la paz, para que podamos saciarnos dignamente del pan celestial, por Cristo Jesús, nuestro Señor, a Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Pero también lo dicho en su Comentario a Malaquías (1,7), donde claramente se refiere al pecado como aquello que nos hace indignos para recibir la Eucaristía:

Ofrecéis, dice, sobre mi altar un pan manchado. Manchamos el pan, esto es, el Cuerpo de Cristo, cuando indignos nos acercamos al altar e impuros bebemos la sangre limpia, y decimos: “La mesa del Señor ha sido despreciada” (Ml 1, 7); no porque alguno ose decir esto y profiera con voz criminal lo impíamente pensado, sino porque las obras de los pecadores desprecian la mesa de Dios.

En breve, volveremos sobre esta preparación para recibir la Eucaristía, sobre lo requerido de cara a ella; pero hemos de indicar una última referencia a la cita paulina que nos ocupa. Se trata de su presencia en la carta 14, dirigida a Heliodoro, donde ante la pretensión del destinatario de acceder al sacerdocio, Jerónimo le invita a abrazar la vida monástica. La frase paulina, al ser utilizada aquí, adquiere una dimensión y significado nuevos, pero no por ello menos real y con menos fuerza. Jerónimo la aplica en esta carta como sinónimo de “acceder al sacerdocio”, uniendo de modo admirable el sacerdocio y la Eucaristía:

[...] Si los piadosos halagos de los hermanos te solicitan también a ti para esa dignidad, me alegraré del ascenso, temeré si caes. [...] ¡Ay del hombre que sin tener vestido de bodas entra a la cena! Nada le queda, salvo oír inmediatamente: *Amigo, ¿cómo viniste aquí?*, y quedándose cortado, se dirá a los servidores: *atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes* (Mt 22, 12 s). ¡Ay de aquél, que atando al pañuelo el talento recibido, mientras que los otros hacían negocios, reservó sólo lo que había recibido!, será herido por el clamor del Señor indignado: Siervo malva-

do, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco y al venir yo lo hubiera pedido con los intereses? (Lc 19, 22-23). Es decir: “Deberías haber dejado junto al altar lo que no podías llevar. Mientras que tú, negociador perezoso, teniendo un denario, ocupaste el lugar de otro que podría haber duplicado el dinero”. Por esto, igual que el que sirve bien, se adquiere un buen puesto, así también el que indignamente accede al cáliz del Señor, será reo del cuerpo y la sangre del Señor.

No todos los obispos son obispos. Te fijas en Pedro, pero piensa también en Judas. Admiras a Esteban, pero repara también en Nicolás, al que el Señor aborrece en su Apocalipsis; que inventó delirios tan torpes y nefandos que de aquella raíz nació la herejía de los Ofitas. Examínese cada uno a sí mismo y así acceda (n.8).

Citado el texto de la carta 14, y antes de volver a lo requerido para el acercamiento digno a la Eucaristía, hemos de citar otro fragmento del *Diálogo contra los Pelagianos* que iluminará también lo comprendido por S. Jerónimo en esa dignidad pedida para recibir la Eucaristía, el Cuerpo del Señor. Se trata de 3, 15:

Los Apóstoles piden que venga *el pan de cada día*, o el que *está sobre toda sustancia*, para ser dignos de tomar el cuerpo de Cristo. Y vosotros por medio de vuestra excesiva santidad y segura justicia reclamáis para vosotros de manera audaz los dones celestiales. Sigue: *Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6, 12). Los que salen de la fuente del Bautismo, regenerados también en el Señor Salvador, habiéndose cumplido lo que fue escrito sobre ellos: *Dichosos aquéllos, a los que fueron perdonadas sus maldades, y de los que borraron los pecados* (Ps 31, 1), dicen al instante, en la primera comunión del cuerpo de Cristo: *Perdónanos nuestras deudas*, las que les habían sido perdonadas en la confesión de Cristo.

El texto, además de volver a presentar el hecho de ser dignos de tomar el cuerpo de Cristo, como el citado anteriormente, presenta otros aspectos.

Ilustra, como indicamos en el apartado anterior, la relación del Bautismo con la Eucaristía, dentro de lo que son los sacramentos de la iniciación cristiana, alude al perdón de los pecados y presenta el Padrenuestro, tanto en su rezo antes de la comunión, como en el significado de la petición que contiene sobre el pan y su relación con la Eucaristía. Iremos a cada uno de ellos, pero primeramente, hemos de concluir lo dicho sobre la recepción digna de la Eucaristía.

En esa recepción digna de la Eucaristía, el texto citado, remarca el hecho de la petición del pan de cada día: *Piden que venga el pan de cada día [...] para ser dignos de tomar el cuerpo de Cristo*, frente al hecho de que los pelagianos consideran la Eucaristía como algo reclamado desde ellos mismos: *por vuestra excesiva santidad y segura justicia reclamáis para vosotros de manera audaz los dones celestiales*. Desde ahí, nos ayuda a comprender la Eucaristía como don -*coelestia dona*, la denomina- y no como derecho desde nosotros mismos. Lo dicho alcanza de lleno a la discusión o confrontación que se presenta en ocasiones, aunque en otro contexto, con respecto al derecho a la Eucaristía. En este sentido, se puede recordar lo dicho con respecto al ministro de la Eucaristía y la posibilidad de su realización que señalábamos en el apartado anterior<sup>57</sup>.

Otro de los aspectos que aparecen ligados a la dignidad de la recepción de la Eucaristía y que es señalado en el texto que nos ocupa es el referido al perdón de los pecados. Ahí está, por ejemplo, lo dicho en el *Comentario a Malaquías*, que ya mencionamos, cuando afirma: *las obras de los pecadores desprecian la mesa de Dios (opera peccatorum despiciunt mensa Dei)*. No obstante, éste no es el único lugar; oigámosle orar a Jerónimo en su *Tratado sobre Marcos*, dada la imposibilidad de recibir el cuerpo de Cristo cuando nos postra el pecado:

*Y dijo que le dieran de comer (Mc 5, 43)*. Te suplico, Señor, que a nosotros, que también yacemos postrados, nos toques la mano y nos resucites del lecho de nuestros pecados y nos hagas caminar. Cuando ya caminemos, ordena que nos den de comer, pues mientras yace-

mos postrados no podemos comer. A no ser que estemos en pie, no podremos recibir el cuerpo de Cristo.

Desde esa convicción, en otros lugares menciona el recurso a la penitencia, como vemos en su *Comentario a Amós 5, 27*, refiriéndose a los herejes:

De ahí que los hará marchar más allá de Damasco, para que no beban la sangre del Señor, sino que pasen a Babilonia y escuchen por medio del profeta: *Babilonia, un cáliz de oro, que embriaga a todos los pueblos* (Jer 51, 7). Y es que Damasco, como hemos dicho repetidas veces, se interpreta como el que bebe sangre, o sangre de cilicio, de modo que, por medio de la penitencia, seamos invitados a beber la sangre del Señor.

Dicho recurso, que aparece en Jerónimo no sólo como recurso, sino también como necesidad de cara a una digna recepción de la Eucaristía, no está ausente tampoco en su *Comentario a Mateo*, tras su comentario a la institución de la Eucaristía. Ahí, ante la presencia de dos cálices en la Última Cena, señalada por Lucas, alude a la prescripción del libro de los Números (Nm 9, 6-12) de celebrar la Pascua en el segundo mes quien no la hubiera podido celebrar el primero<sup>58</sup> e interpreta esa prescripción del siguiente modo:

En Lucas leemos que son dos los cálices con los que dio a beber a los discípulos. Uno del primer mes y otro del segundo, para que el que no hubiera podido comer el cordero entre los santos en el mes primero, coma en el segundo el cabrito entre los penitentes.

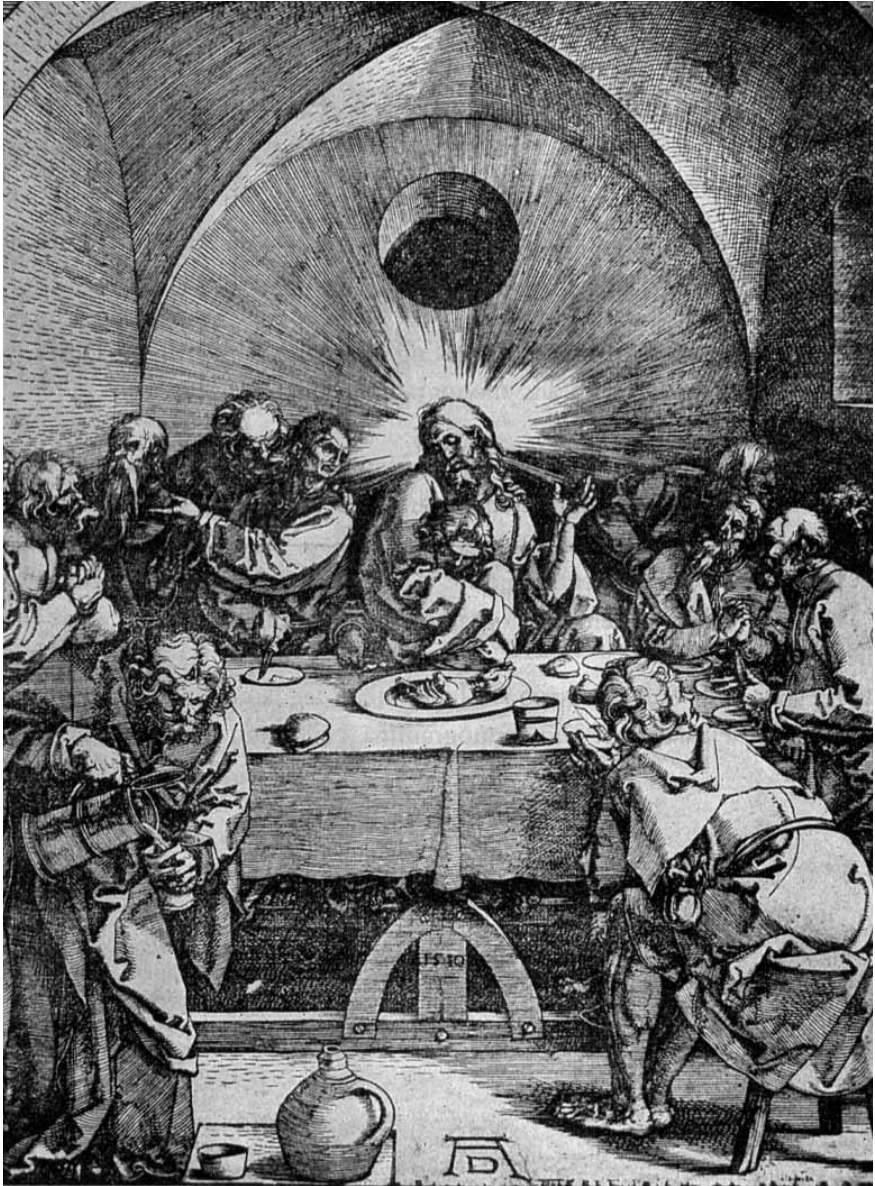
Todo ello está enmarcado dentro del requisito general de la santidad, como refleja comentando Is 66, 17:

De acuerdo con la tropología podemos decir: Todos los que son más amantes de los placeres que de Dios, son santificados en los huertos y en los atrios, puesto que no pueden entrar a los misterios de la verdad, y comen los alimentos de la impiedad mientras que no

son santos en el cuerpo y el espíritu; tampoco comen la carne de Jesús, ni beben su sangre.

Estos requisitos, sobre todo lo referente a la dignidad y la santidad, alcanzan en la exposición de Jerónimo su punto álgido en su referencia a los sacerdotes y a la recepción de la comunión por parte de los casados. Con respecto a los primeros, a los sacerdotes, basta con remitirnos a lo presentado cuando expusimos los textos del *Comentario a Sofonías*, con sus textos complementarios. Es por ello, por lo que nos detenemos ahora en lo referente a la recepción de la comunión por parte de los casados. Con respecto a ellos reclama con fuerza la abstinencia conyugal, sobre todo desde el pasaje de los panes de la proposición tomados por David y sus compañeros. Así leemos en la *Homilía sobre el éxodo en la Vigilia de Pascua*, a propósito de la recomendación de comer la Pascua con los lomos ceñidos (Ex 12, 11), tras mencionar la necesaria purificación para comer las carnes del cordero, una vez que ha señalado varios ejemplos de ese ceñirse la cintura:

Por tanto, si nosotros queremos comer la carne del cordero, mortifiquemos también nuestros lomos, mortifiquemos las obras de la carne, demos muerte en nosotros a lo que en el libro de Job se dice a propósito del diablo: *Su fuerza se encuentra en sus lomos; su poderío, en el ombligo de su vientre* (Job 40, 11): que la carne no experimente deseo alguno contrario a los del espíritu; antes bien, mortifiquemos mediante el espíritu las obras de la carne, para que, purificados, podamos comer las carnes del cordero. Para que sepáis que quien cumple el débito conyugal con su esposa no puede dedicarse a la oración ni comer la carne del cordero, tened presente que también se le ordenó a Moisés que el pueblo, que iba a subir al monte Horeb, se mantuviera puro los tres días precedentes (Ex 19, 15); y que cuando David se presentó ante el sacerdote Abimelec y éste le preguntó si los jóvenes que lo acompañaban habían mantenido relaciones sexuales con alguna mujer, él respondió que se habían abstenido de ello *desde ayer y antes de ayer* (1Sam 21, 2-6). Por tanto, si quienes han tenido trato carnal con su propia mujer no podían comer los panes de la pro-



Grabado de Alberto Durero.

posición, ¿con cuánta más razón el pan que descende del cielo no puede ser mancillado ni tocado por quienes recientemente han gozado de las efusiones conyugales? No es que nosotros digamos esto con el afán de reprobar el matrimonio, sino para recordar que hemos de abstenernos de las obras de la carne en el momento en que vayamos a comer la carne del Cordero.

Igualmente en su *Contra Joviniano* 1, 20, recurriendo al mismo episodio de David:

Pues, saliendo de las habitaciones de las mujeres no podían comer los panes de la proposición, como cuerpo de Cristo. Y debe de ser contemplado por nosotros aquello que dijo: ¿Están purificados de las mujeres? Es decir, que para la limpieza del cuerpo de Cristo, todo coito es impuro.

Es cierto que hay una exaltación de la virginidad con respecto al matrimonio, pero ni es exclusivo de él, ni hemos de juzgarle con parámetros distintos de los suyos y los de su época; tampoco podemos ver en él un intento de reprobar el matrimonio, acusación de la que él mismo se defiende en la *Homilía sobre el Éxodo*, sino que en su postura, se sitúa en lo dicho y aceptado por otros y se mueve, como vemos de manera más explícita en su *carta 49*, dirigida a Panmaquio, defendiéndose de lo escrito en *Contra Joviniano*, desde el reconocimiento a la Eucaristía y la importancia que se merece, como vemos en estos fragmentos del número 15:

Se encolerizan contra mí los casados porque haya dicho: Dime, ¿cuál es ese bien, que prohíbe orar, que no permite recibir el Cuerpo de Cristo? [...]

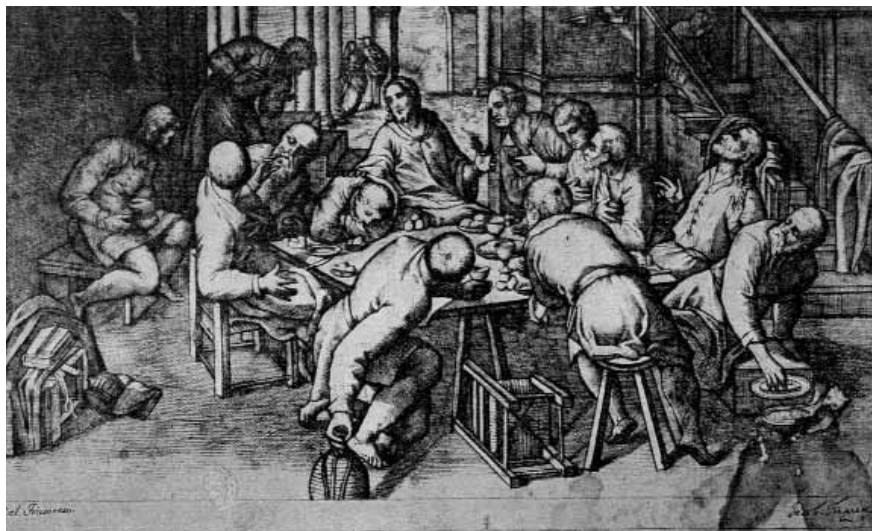
¿O acaso se me acusa, porque me he atrevido a decir de mi cosecha “¿cuál es ese bien que no permite recibir el Cuerpo de Cristo”? A ello responderé brevemente: ¿qué es más, orar o recibir el Cuerpo de Cristo? De todas todas, recibir el Cuerpo de Cristo. Si por el coito es impedido lo que es menos, mucho más es impedido lo que es más.

[...] Examínese cada uno a sí mismo y acérquese así al Cuerpo de Cristo, no porque el dilatar la comunión uno o dos días haga más santo al cristiano, de modo que lo que no merecía hoy lo merezca mañana o pasado mañana, sino que mientras me duele el no haber comulgado el Cuerpo de Cristo, me abstenga por un poco de tiempo del abrazo de la esposa, de modo que prefiera el amor de Cristo al amor de mi cónyuge.

Pasemos ya a lo que señalábamos en relación al rezo del Padrenuestro, previo a la comunión. Esta presencia está señalada de modo claro en el fragmento citado del *Contra los Pelagianos*, señalando el carácter de don de la Eucaristía desde el hecho de pedirlo y la necesidad del perdón de los pecados. En dicho texto se presenta como una costumbre generalizada su rezo, frente a su consideración de superfluo por parte de los seguidores de Pelagio<sup>59</sup>. Mas no sólo aquí, su uso es testimoniado como oración de los creyentes, más allá de su presencia en la Eucaristía, en su *Comentario a Ezequiel*<sup>60</sup>, así como en el *Comentario a Mateo*<sup>61</sup>. A su vez, estos textos muestran una añadidura, muy difundida a juicio de Jungmann<sup>62</sup>, a la petición *no nos dejes caer en la tentación: que no podemos soportar*.

Mencionado el Padrenuestro, no podemos menos que atender también a la interpretación de S. Jerónimo a la petición *el pan nuestro de cada día, dánosle hoy*. En la obra que nos ocupa es claro su significar el pan de la Eucaristía, el cuerpo de Cristo, sobre todo desde su identificación con la afirmación presente en Jn 6, 51: *yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*, o la expresión *el pan celestial*, presente en numerosos lugares de su obra y que, por lo general, es identificado con la Eucaristía<sup>63</sup>. Así se ve de modo claro al referirse a Mt 15, 17, en el *Comentario a la carta a Tito*, con respecto a Ti 2, 12:

De ahí que lo que, según los traductores latinos, está escrito en el Evangelio: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie* (Mt 6, 11); esté mejor en griego *panem nostrum ejpiouvsvion*, es decir, principal, egregio, peculiar; a saber, aquél que descendiendo del cielo, dice: “Yo



Grabado de Tintoretto.

soy el pan vivo que ha bajado del cielo” (Jn 6, 51). No se crea que a nosotros, a los que se prohíbe pensar en el mañana, se nos manda en la oración dominical rogar por ese pan que poco después será digerido e irá a parar a un lugar inmundo (cf. Mt 15, 17).

Sin embargo, con dicha expresión no se alude sólo a la Eucaristía, sino también a la Palabra de Dios, como vemos en la serie primera de su *Tratado sobre los Salmos*, a propósito de Ps 145, 7:

Tengamos hambre de Cristo y Él mismo nos proporcionará el pan del cielo. “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Quienes esto dicen sienten hambre; los que desean pan es porque están hambrientos. El que dice “Danos hoy nuestro pan de cada día” está expresándose como alguien que tiene hambre. Proporciona alimento a los hambrientos. Hay quien piensa que este versículo se refiere al pan celestial del misterio. Y estamos de acuerdo con ello, porque es verdadera carne de Cristo y verdadera sangre de Cristo. Ofrezcamos incluso

una nueva interpretación. El pan de Cristo y su sangre es la palabra divina y la doctrina celestial.

Esta interpretación, no obstante, no es exclusiva de este lugar; también la hayamos en otros lugares de sus obras, en los que al referirse al Cuerpo de Cristo, señala esta doble interpretación o significado de Cuerpo de Cristo y Sangre de Cristo. Significado que, por otra parte, como muestra el texto anterior no se propone en contraposición a la referencia a la Eucaristía, sino como complementario de ella, ampliando así el sentido de la expresión. Así se ve también en el Comentario al Eclesiastés, a propósito de 3, 13; recurriendo a Jn 6, 56:

Puesto que la carne del Señor es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida (cf. Jn 6, 56), según la anagogía, en la vida presente sólo tenemos este bien, si nos alimentamos de su carne y bebemos su sangre, no sólo en misterio, sino también en la lectura de las Escrituras. Así pues, la ciencia de las Escrituras es verdadera comida y verdadera bebida, que se toma desde la Palabra de Dios.

Lo mismo cuando aborda Ps 147, 14, aludiendo a Jn 6, 54; donde alude a las disposiciones de cara a escuchar la Palabra de Dios, en paralelo con las disposiciones para recibir la Eucaristía:

“Saciándote con la grasa del trigo”. Dichoso quien penetra en la sustancia de ese trigo. Leemos las Sagradas Escrituras. Yo creo que el Evangelio es el cuerpo de Cristo y que las Sagradas Escrituras son su doctrina. Y cuando dice: “El que no coma mi carne y beba mi sangre” (Jn 6, 54), permite que pueda comprenderse en misterio, pero también es verdadero cuerpo de Cristo y sangre suya la palabra de las Escrituras, lo es la doctrina divina. Si cuando acudimos al misterio –el que es fiel comprende- si cayera una miguita nos ponemos en peligro, ¿en cuánto peligro no incurriremos si cuando oímos la Palabra de Dios y la Palabra de Dios y la carne de Cristo y su sangre son infundidos en nuestros oídos y pensamos en otra cosa?



## II.- LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Tras habernos ocupado de los textos en los que aparece el término “Eucaristía” y haberlos intentado aclarar e iluminar desde otros lugares de la obra de S. Jerónimo con contenido y tenor eucarístico, creemos necesario acudir a lo dicho por él sobre la institución de la Eucaristía. Para ello acudimos a su *Comentario al Evangelio de Mateo*<sup>64</sup>, donde dice así a propósito de Mt 26, 26-27:

Después de que había sido cumplida la Pascua típica y había comido con los apóstoles las carnes del cordero, tomó pan que reconforta el corazón del hombre y pasa al verdadero sacramento de la Pascua para, así, como Melquisedec -sacerdote del Dios Altísimo- lo había realizado en prefiguración suya al ofrecer pan y vino, realizarlo en la verdad de su cuerpo y de su sangre.

La cita es breve, pero contiene en sí una gran riqueza que nos lleva a adentrarnos en lo que la Eucaristía significa para S. Jerónimo, como veremos poco después. Por otra parte, la oportunidad de la cita, y su importancia, se muestra en el hecho de ser un lugar recurrente en otros fragmentos de marcado contenido eucarístico. Así ocurre, por supuesto, en la *Carta a Hebidia* ( Epístola 120), cuando le responde sobre su pregunta con respecto a lo que significa lo afirmado en Mt 26, 29<sup>65</sup>: *Pero os digo que en adelante no beberé más del producto de la vid hasta el día que lo beba, nuevo, en el reino de mi Padre*. Aquí Jerónimo arguye contra la teoría del milenarismo desde Mt 26, 26-28 y el sacramento de la Eucaristía y su celebración en la Iglesia. El otro lugar en el que cita explícitamente el texto de Mt 26, 26-28 es el *Comentario a Isaías*, explicando Is 55, 1. Mas no sólo por el hecho de la presencia de la cita evangélica merece importancia destacada su comentario, sino que podemos decir que desde el texto citado, encontramos la clave de la idea de S. Jerónimo sobre la Eucaristía. En primer lugar se percibe en él algo típico de la tradición de los escritores anteriores, de los primerísimos siglos del cristianismo: la comprensión de las realidades del Antiguo Testamento como *typos*, como figuras y prefiguraciones, de las

del Nuevo, que son la verdadera realidad y que suponen, por ello, el cumplimiento y el final de aquéllas. Esto es afirmado de modo claro sobre la Eucaristía, de la que se dice ser la verdadera realidad de la Pascua y haber sido prefigurada en el sacrificio de Melquisedec. Junto a ello, el hecho de acudir a diversos lugares de la Escritura –especialmente del Antiguo Testamento– para explicar estas verdades, como hace aquí al citar el versículo 15 del Salmo 103 y decir que es *el pan que reconforta el corazón del hombre*. Vayamos, pues, a cada uno de estos aspectos.

### 1.- La Eucaristía prefigurada en las realidades veterotestamentarias.

Como indicábamos ya, el carácter de verdadera realidad del Nuevo Testamento y sus realidades, frente a las prefiguraciones de éstas del Antiguo es algo común en los autores de la primitiva Iglesia. Un acercamiento al Antiguo Testamento que tiene su raíz en la primerísima predicación cristiana, como atestigua de manera explícita Jerónimo a propósito de Melquisedec<sup>66</sup>.

¿Cuáles son, no obstante, las figuras que señala Jerónimo sobre la Eucaristía? Primeramente la misma realidad de la Pascua, como podemos ver no sólo en el texto citado sino también al principio del comentario a este capítulo 26 del Evangelio de Mateo, cuando refiriéndose a Mt 26, 1 expresa así el deseo de Cristo de celebrar la Pascua con los suyos:

Y queriendo poner fin a la festividad carnal y, dejando atrás la sombra, devolver a la Pascua la verdad, dijo: *Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer.*

El sacrificio de Melquisedec (Gn 14, 18-20).

La ofrenda de pan y vino, por parte de Melquisedec, es lugar común en los escritores antiguos a la hora de referirse a la Eucaristía. Al igual que Jerónimo, son muchos los autores que ven en este sacrificio una prefigu-

ración de la Eucaristía y un sitio al que acudir de cara a ilustrar el significado y la realidad de este sacramento<sup>67</sup>; por nuestra parte, intentaremos entresacar lo que él dice a propósito de este sacrificio realizado en prefiguración de la Eucaristía instituida por Cristo. A este respecto hemos de indicar que, si bien es verdad que Jerónimo ilustra la Eucaristía desde el sacrificio de Melquisedec, no lo es menos que la referencia no parte tanto del texto del Génesis como del versículo 4 del Salmo 109, donde se dice: *Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec*. Ello ocurre incluso en sus *Cuestiones hebreas sobre el Génesis*. Aquí, tras la explicación hebrea de los nombres de Melquisedec y Salén, señala la referencia a Cristo y a la Iglesia de Melquisedec y su sacerdocio, desde lo afirmado en Hb 7, 3; para, a continuación, desde la frase del Salmo 109: *Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec* (v. 4), citada en Hb 7, 17, indicar cómo en su ofrenda está significada ya la ofrenda de la Eucaristía:

Pero en lo que dice: *Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*, es significado nuestro misterio en la palabra “orden”; en modo alguno es significado por las víctimas irracionales que debían ser inmoladas por Aarón, sino por el pan y el vino ofrecidos, esto es, por el cuerpo y la sangre del Señor.

Por supuesto que éste es el caso de sus palabras a propósito de este versículo del Salmo 109. En la Serie Primera del *Tratado sobre el libro de los Salmos*, donde nos remite a la interpretación de Pablo en Hebreos<sup>68</sup>, leemos:

Interpretemos, pues, sólo esto: *Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*. Digamos sólo esto, por qué ha dicho *según el orden*. Según el orden: en modo alguno serás sacerdote según las víctimas judías, sino serás sacerdote según el orden de Melquisedec. Pues así como Melquisedec, rey de Salem, ofreció pan y vino, así también tú ofrecerás tu cuerpo y tu sangre, verdadero pan y verdadero vino. Este Melquisedec nos dio estos misterios que tenemos. Él es el que dijo: *Quien coma de mi carne y beba mi sangre* (Jn 6, 55): según el orden de Melquisedec nos entregó su sacramento.

En el mismo sentido, se expresa en la *Epístola 73*, dirigida al presbítero Evángelo, como respuesta a sus preguntas sobre Melquisedec. A ella remite la traductora del *Tratado sobre los salmos*, de cara a aclarar lo dicho a propósito del texto anterior<sup>69</sup>. En dicha carta, tras aludir a lo dicho sobre Melquisedec por los autores anteriores a él, afirma en el número 3:

Melquisedec, porque había sido cananeo y no era del linaje de los judíos, fue por delante en el tipo del sacerdocio del Hijo de Dios, sobre el que se dice en el salmo 109: *Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec*. Pero su orden es interpretado de muchos modos: que sólo él había sido rey y sacerdote y ejercido el sacerdocio antes de la circuncisión, de modo que el sacerdocio lo recibieron los judíos de los gentiles, no los gentiles de los judíos; ni había sido ungido con el óleo sacerdotal, como establecen los preceptos de Moisés, sino con el óleo de alegría y la pureza de la fe; ni inmoló víctimas de carne y sangre, ni tomó entrañas de brutos animales, sino que con pan y vino, con sacrificio simple y puro, inauguró el sacramento de Cristo.

Este versículo, aunque sin mayor transcendencia para nuestro objetivo, se encuentra también citado en el comentario a Jeremías. Distinto es el caso de la mención sobre Melquisedec que se halla en la *Epístola 46*, carta que Paula y Eustoquio dirigen a Marcela, aunque escrita quizás por Jerónimo, animándola a ir a Palestina, donde la referencia a Salmo 109, 4 está ausente:

Acude al génesis y encontrarás a Melquisedec, rey de Salem, príncipe de esta ciudad, que ya entonces, en figura de Cristo ofreció pan y vino y mostró el misterio cristiano en el cuerpo y la sangre del Salvador.

En los diferentes textos podemos ver el carácter de figura del sacrificio de Melquisedec con respecto a la Eucaristía, de la que se dice que es significada en aquél, como ocurre en las *Cuestiones hebreas sobre el Génesis*<sup>70</sup>.



Grabado de Horace Borgiani.

Igualmente se dice, en la Carta a Evángelo<sup>71</sup>, que el sacrificio de Melquisedec inaugura el de Cristo, y, en la Carta de Paula y Eustoquio a Marcela<sup>72</sup>, que muestra el sacramento cristiano. La ofrenda de Melquisedec aparece así como la que marca el camino de la ofrenda de Cristo, cuyo cuerpo y sangre es verdadero pan y verdadero vino, y él, Cristo, el verdadero Melquisedec, como muestra en el comentario al Salmo 109. Junto a ello, y pese a no poder detenernos, los textos citados invitan a la consideración de la Eucaristía como sacrificio y a la comprensión del sacerdocio de Cristo.

Los panes de la proposición.

Pese a su importancia, por todo lo que comporta, el sacrificio de Melquisedec no es la única figura de la Eucaristía destacada por Jerónimo. Junto a él, es preciso destacar lo señalado a propósito de los panes de la proposición. A ellos alude Jerónimo en diferentes ocasiones desde el episodio de 1 Re 21, 5.

Su carácter de figura de la Eucaristía es expresado en el *Comentario a la carta a Tito*, cuando se ocupa de Ti 1, 8. Entonces dice, expresando la relación que establece la tipología:

Tanta distancia hay entre los panes de la proposición y el cuerpo de Cristo como entre la sombra y los cuerpos; entre la imagen y la verdad, entre los modelos de las cosas futuras y aquellas mismas cosas que por medio de modelos eran prefiguradas

Esta relación tipológica le llevará a denominarlos cuasi cuerpo de Cristo<sup>73</sup> en su *Contra Joviniano*. Más allá de la tipología, el texto del primer libro de los Reyes está presente y, desde lo exigido a David y a sus hombres, Jerónimo presentará la exigencia de ausencia de relación matrimonial a la hora de recibir el cuerpo de Cristo<sup>74</sup>.

## 2.- La Eucaristía definida desde lugares veterotestamentarios.

La iluminación de la Eucaristía desde el Antiguo Testamento no se queda para Jerónimo en la tipología, sino que teniendo a ésta presente, diferentes afirmaciones de los libros veterotestamentarios le sirven para definir y expresar la realidad de la misma. Ello es lo que ocurre, por ejemplo, con el versículo 15 del Salmo 103, que hallamos en el texto citado del Comentario de Mateo. Con él nuestro autor califica el cuerpo de Cristo y le denomina *pan que reconforta el corazón del hombre*. Esta calificación e identificación se ve confirmada por su Comentario a Ps 103, 15, donde afirma que este pan es el Señor que descendió del cielo, así como que el vino es su sangre:

*Para que obtenga el pan de la tierra* (103, 14). Se refiere al Señor, que se dignó hacerse hombre, como está escrito: *Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo* (Jn 36, 41). *Y vino que alegra el corazón del hombre* (103, 14). Éste es el vino que Dios prometió beber después de la resurrección (cf. Mt 26, 29). *Para alegrar su rostro con el aceite* (103, 15). El rostro de Dios alegra a los justos; pero no ungirá la cabeza de los pecadores.

dores (cf. 140, 5). Y *el pan robustece el corazón del hombre* (103, 15). El pan que ha bajado del cielo<sup>75</sup>.

La identificación con el pan aparece clara en el mismo texto citado, no tanto la referencia al vino. La dificultad, no obstante, se resuelve si acudimos a lo dicho en la Epístola 120, la *Carta a Hebidia*, donde señala cómo ese vino que prometió el Señor beber después de la Resurrección es su sangre<sup>76</sup>:

*¿Qué es lo que está escrito en Mateo: “En verdad os digo: No beberé más del producto de la vid, hasta el día aquel, en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mt 26, 29)? Desde este lugar algunos tomaron pie para construir la fábula de los mil años, en los que pretenden que Cristo deberá reinar corporalmente y beber el vino que no bebió desde aquel tiempo hasta la consumación del mundo. Pero nosotros oigamos que el pan que partió el Señor y dio a sus discípulos es el Cuerpo del Señor Salvador, al decirles él mismo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”; y el cáliz es aquello sobre lo que luego dijo: “Bebed todos de él: ésta es mi sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos para el perdón de los pecados” (n.II).*

Los textos citados nos invitan a decir también algo sobre la sangre del Señor, dadas las alusiones que en ellos encontramos al respecto. En primer lugar su ser la sangre del Señor el vino que alegra el corazón del hombre - en palabras de Ps 103, 14 - como mostraba el texto del Comentario a los Salmos antes citado y el apoyo de la Carta 120. En esta carta nos encontramos, justo a continuación del texto que hemos transcrito, otras dos citas de Salmos para referirse al cáliz, a la sangre del Señor:

*Este es el cáliz sobre el cual leemos en el profeta: Tomaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor (Ps 115, 13). Y en otro lugar: Mi cáliz embriagador, ¡qué glorioso es! (Ps 22, 5).*

Estos mismos versículos los encontramos también cuando Jerónimo se refiere al Salmo 15,5, donde dice *Domini pars hereditatis meae et calicis mei*,



Grabado de Benito Audran.

aunque en distinto orden<sup>77</sup> y diciendo, al citar Ps 22, 5, en vez de *Calix meus, calix tuus*, como cuando comenta el libro de Jeremías. Que este cáliz es el del Señor lo confirma, a su vez, lo dicho a propósito de Ps 115, 13, aunque refiriéndolo al martirio<sup>78</sup>:

*Tomaré el cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor.* El hebreo lee así: “Tomaré el cáliz de Jesús”. Esto mismo es lo que interpreta el ángel: “Y le pondrás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo” (Mt 1, 21). Así pues, tomaré al cáliz de Jesús.

[...] *Tomaré el cáliz de salvación o de Jesús.*

La otra identificación que Jerónimo muestra de la sangre del Señor la encontramos en su Comentario a Is 55, 1, diciendo que es el vino mezclado por la Sabiduría:

[...] Vayamos a aquél, que teniendo el cáliz del Sacramento, decía a los discípulos: *Tomad y bebed, ésta es mi sangre, que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados.* Éste el vino que la sabiduría mezcló en su copa, invitando a beber a todos los necios del mundo y a los que no tienen la sabiduría del mundo.

### III.- LA EUCARISTÍA, SACRIFICIO Y COMIDA.

Lejos de las divisiones presentes en algunas posturas actuales, las dos realidades de la Eucaristía se ven afirmadas por Jerónimo de modo claro, sin contraposición y sin que la una suponga el detrimento o la negación de la otra. Al contrario, son presentadas en su relación profunda, especialmente desde el hecho de ser la Eucaristía el cumplimiento de la Pascua y la relación que guarda con ella. Así, por ejemplo, a propósito de Is 66, 17 y citando Jn 6, 55, dice:

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna. Así pues, Cristo nuestra Pascua, ha sido inmolado. Éste no es comido fuera, sino en una casa y dentro.

No obstante, fuera de la referencia a la Pascua, también se da esa unidad, así por ejemplo, a propósito de Os 8, 12:

Éstos inmolan muchas víctimas y comen su carne, abandonando la única víctima de Cristo; tampoco comen su carne, la cual es alimento de los creyentes.

Lo mismo en la Carta 21, desde la parábola del hijo pródigo:

El ternero cebado, que es inmolado para la salvación de los penitentes, es el mismo salvador, de cuya carne nos alimentamos cada día, de cuya sangre bebemos.

Igualmente ambas acepciones se presentan también de modo separado. La consideración de la Eucaristía como sacrificio se presenta, sobre todo, unida a la presencia del versículo 4 del Salmo 109. Por su parte, las alusiones a su carácter de comida se encuentran en diferentes lugares. Al comentar Os 11, 4 podemos leer:

Y bajé a ellos, dejando el reino de los cielos, para comer con ellos, asumida la forma de hombre, o le di a comer mi cuerpo: yo mismo soy el alimento y el convidado.

También en la carta 120, con una expresión similar: “él es comensal y banquete, es el que come y el que es comido” (*ipse conviva et convivium, ipse comedens et qui comeditur*). Pero es en referencia al capítulo 6 del Evangelio de Juan, cuando éste es citado, y la presentación de Cristo como el pan bajado del cielo -del que afirma ser el cuerpo del Señor<sup>79</sup>- cuando se presenta esta realidad. Ejemplo de ello es su comentario a la multiplicación de los panes (Mt 15, 32), donde alude a la invitación hecha a Elías para que coma y presenta el comer a Cristo como condición para llegar a la mansión:

No quiere Jesús despedirlos en ayunas, para que no desfallezcan por el camino. Peligra, pues, el que sin el pan celestial se apresura a llegar a la deseada mansión. De ahí que el ángel diga a Elías: *Levántate y come, porque has de andar un gran camino*.

La consideración de la Eucaristía como pan celestial la encontramos también cuando comenta *Nadie odió nunca su propia carne* (cf. Ef 5, 29), con respecto a la cual dice:

[...] el alma ama, nutre y alimenta aquella alma que ha de ver la salvación de Dios, educándola con enseñanzas, y sustentándola con el pan celestial, bañándola con la sangre de Cristo, para que restaurada y limpia pueda seguir a su esposa con presteza, sin ser estorbada por debilidad ni rémora alguna.

A este texto habría que añadir las referencias a la petición del Padrenuestro, donde afirma el hecho de ser Cristo el pan bajado del cielo; aunque, como dijimos, sin una explicitación de que se refiera a la Eucaristía exclusivamente<sup>80</sup>.



Dibujo de Vicente López.

Presentada la realidad de la Eucaristía como comida, es preciso indicar algo con respecto al cómo y al dónde de dicha comida. Con respecto al cómo nos encontramos con las múltiples referencias a la dignidad requerida para este sacramento, para comer el cuerpo de Cristo. Uno de los modos de presentar esta dignidad necesaria es el hecho de estar en pie, dicho a propósito de la cita de Elías al comentar Mt 15, 32, que se ve en todo su significado en Mc 5, 43, que volvemos a citar:

*Y dijo que le dieran de comer (Mc 5, 43). Te suplico, Señor, que a nosotros, que también yacemos postrados, nos toques la mano y nos resucites del lecho de nuestros pecados y nos hagas caminar. Cuando ya caminemos, ordena que nos den de comer, pues mientras yacemos postrados no podemos comer. A no ser que estemos en pie, no podremos recibir el cuerpo de Cristo.*

El lugar de la Eucaristía también es reseñado por Jerónimo y ello especialmente con referencia a la Pascua. Ahí está lo dicho en el *Comentario a Isaías* (Is 66, 17), donde aludiendo a Ex 12, 46, tras citar 1Co 5, 7, *Cristo*

*nuestra Pascua ha sido inmolado, dice: El cual no se come fuera, sino en una casa y dentro. También la referencia a la Última Cena presente en el Comentario a Ezequiel (Ez 4, 1. 7):*

También el Salvador del género humano celebró la Pascua en el cenáculo, en un cenáculo grande y espacioso, limpio de toda suciedad y provisto de divanes para el convite espiritual, en donde entregó a sus discípulos el misterio de su cuerpo y su sangre, y nos dejó la fiesta eterna del cordero inmaculado.

Similar referencia al cenáculo hallamos en la carta a Hebidia, a modo de invitación para la celebración de la Eucaristía:

Subamos con el Señor al cenáculo grande, tapizado y limpio, y recibamos de él allí el cáliz de la nueva alianza; celebrando la pascua allí con Él, embriaguémonos con el vino de la sobriedad, pues el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo.

Acto seguido nos presenta este cenáculo y su identificación con la Iglesia, cuando continúa y dice:

Bebemos su sangre y sin él no podemos beber; y cada día en sus sacrificios pisamos los rubios mostos del producto de vid verdadera y de la viña de Sorech, que significa “escogida”, y de ellos bebemos vino nuevo en el reino del Padre, no en la vetustez de la *letram subi* en la novedad del Espíritu. Cantamos el cántico nuevo que nadie puede cantar sino en el reino de la Iglesia, que es el reino del Padre. [...] Cumplamos, pues, la voluntad del Padre, que nos ha enviado y realicemos su obra y Cristo beberá con nosotros su sangre en el reino de la Iglesia.

En el mismo sentido, con respecto al cenáculo, se expresa comentando Mt 26, 19:

En otro evangelista está escrito que encontraría un cenáculo grande alfombrado y limpio; y lo prepararon allí. Pero a mí me parece que el cenáculo debe entenderse en el sentido de la ley espiritual, que escapando de las angosturas de la letra, recibe en elevado lugar al Salvador, diciendo lo mismo Pablo: que lo que antes reputaba por ventaja, lo despreció como si fueran inmundicias y desperdicios, para preparar un hospedaje digno del Señor.

Los textos citados con respecto al cenáculo nos invitan a ir más allá de la mera realidad física de éste. Así lo afirmado en la carta a Hebidia, al decir que el canto nuevo sólo se puede cantar en la Iglesia, que es el reino del Padre, nos abre a la dimensión eclesial de la Eucaristía. Una dimensión ésta, que une la confesión de la verdadera fe con la celebración de la Eucaristía y ello en contraposición a aquéllos que no profesan esta fe verdadera o la deforman<sup>81</sup>. Este último texto, por su parte, nos remitiría a lo dicho sobre la recepción digna del Señor. A este respecto, uniendo ambos aspectos, citamos también lo que dice comentando Ageo 2, 15:

Así como el extremo del vestido del Señor o un leve contacto no santifica sino a aquél que comiere las carnes del cordero y bebiere su sangre, así, por el contrario, es menester que vuelva impuro todo lo que toca el que es impuro en el alma, es decir todas las doctrinas perversas. Pues tienen pan en los sacramentos y vino y aceite, y todo alimento, pero sus sacramentos son como pan de luto, todos los que los tocasen, serán contaminados.

En el mismo sentido se ha de ver la llamada a la penitencia del comentario a Amós, dirigida a los herejes también, pues comienza así el texto citado: *De ahí que el Señor los hará marchar a Damasco, para que no beban la sangre del Señor, sino que pasen a Babilonia, y oigan por medio del profeta*. Por su parte, lo indicado a propósito de Mt 26, 19, nos remite a lo ya dicho sobre la dignidad a la hora de recibir al Señor.



Dibujo de Mariano Maella.

#### IV.- LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Ya indicamos al principio que Jerónimo no tiene en ninguna obra nada que pueda asemejarse a una teología de la Eucaristía, así como tampoco una reflexión sistemática con respecto al significado de ésta; tampoco encontramos la estructura de la celebración eucarística, ni un análisis de la misma. Sin embargo, sí que en sus escritos aparecen señalados diferentes elementos que están presentes en la celebración de la Eucaristía.

Jungmann, en su Tratado histórico-litúrgico sobre el sacrificio de la Misa<sup>82</sup>, señala y destaca algunos de estos elementos.

Sus escritos son exponentes de datos con respecto a cantos y aclamaciones del pueblo en la liturgia. Así, señala la presencia del “Amén”, tanto como respuesta al recibir la comunión<sup>83</sup>, como en el conjunto de la celebración, afirmando que *el amén resuena como un trueno celestial en las basílicas romanas*<sup>84</sup>. El canto y el uso del “Aleluya” es otro de los aspectos destacados en sus escritos; en ellos se percibe el empleo de dicho canto en todo tiempo litúrgico y, por lo tanto, no sólo en Pascua, en la Iglesia de Roma. Pero ello no sólo era así en Roma, donde el “Aleluya” era una de las joyas de la misa, sino también en otros lugares como en la Iglesia de Jerusalén, que tenía esta costumbre desde antiguo<sup>85</sup>. Jerónimo hace frente, a la vez que lo atestigua, al intento de Vigilancio de introducir la costumbre de limitarlo al tiempo pascual y los domingos, como en el norte de África<sup>86</sup>. El uso del “Aleluya” era tal que, según Jungmann, puede verse un testimonio de su canto en los entierros, desde lo afirmado por Jerónimo en su Carta 77, con relación a las exequias de Fabiola<sup>87</sup>:

La admiración que en vida profesara Roma a Fabiola, púsole de manifiesto a su muerte. Aún no había exhalado su espíritu, aún no había devuelto a Cristo el alma que le debía, y ya la fama volandera, mensajera feroz de tanto duelo, congregó para las exequias a todos los habitantes de la urbe. Se entonaban los salmos y el “Aleluya” que retumba en las alturas hería los dorados artesonados de los templos (Ep 77, 11).

Con respecto a los cantos para la comunión ya indicamos antes el uso de los salmos 33 y 44 en dicho momento de la Eucaristía. El primero de ellos, además, aparece en casi toda la cristiandad primitiva como canto para la comunión<sup>88</sup>.

Tampoco quedan fuera de los testimonios de Jerónimo los referidos al Evangelio y la homilía. Muestra, en efecto, ser propio del diácono la lectura –mejor, el canto– del Evangelio, en su reproche a Sabiniano, al decirle: *Exangüe, marchito y paliducho, para alejar de ti toda sospecha, aún solías cantar, en tu condición de diácono, el Evangelio de Cristo* (Ep 147, 6). También el hecho de encender luces para la lectura del Evangelio, aun siendo de día, como signo de júbilo, como dice en su *Contra Vigilantio*<sup>89</sup>. Con respecto a la homilía y su presencia en la Eucaristía, valga el texto ya citado de su homilía al Salmo 87, donde corta bruscamente por acceder a la comunión<sup>90</sup>.

En el *Comentario a Ezequiel* y en el *Comentario a Jeremías*, muestra como novedad occidental el nombrar a los oferentes en la Eucaristía, algo que no se daba en Belén<sup>91</sup>. Es algo que Jerónimo critica en uno y otro lugar. Dice así, en el primero de los textos, refiriéndose a una ofrenda rica:

Recite el diácono públicamente en las iglesias los nombres de los oferentes para que se gloríen públicamente, tanto ofrece ésta, tanto ofreció aquél, y se deleiten ante el aplauso del pueblo.

De modo parecido en el segundo, denunciando el cambio que se produce en la realidad de la Eucaristía:

Y ahora recitan públicamente los nombres de los oferentes y se transforma la redención de los pecados en alabanza.

La carta 82, como mostramos, refleja la costumbre del beso de la paz antes de la comunión.

Testimonia en el *Contra Vigilancio* la costumbre de celebrar la Eucaristía sobre el sepulcro de los mártires, cuando le pregunta:

¿Obra mal el obispo romano que ofrece a Dios los sacrificios sobre los restos mortales de Pedro y Pablo - según nosotros huesos venerables- según tú, polvillo vil, y sus tumbas las tiene como altares de Cristo? (n. 8).

Lo mismo se puede intuir desde lo que afirma en la carta a Panmaquio, en el número 15, cuando dice: *¿Por qué no se atreven a ir a los sepulcros de los mártires, por qué no entran en las iglesias? ¿Es que Cristo es uno en público y otro en casa?* Desde aquí, Jungmann señala la costumbre de tener la Eucaristía en casa, de cara a tomarla cuando se quiera<sup>92</sup>. Es cierto que esta costumbre era común en tiempos de persecución y estaba vinculada especialmente a los monasterios y ermitaños<sup>93</sup>, pero no tanto que aquí se afirme o perciba con claridad dicho uso.

Ya indicamos, al ocuparnos del *Diálogo contra los Pelagianos*, la información dada sobre el rezo del Padrenuestro antes de la comunión. A ella sería preciso añadir la indicación de Jungmann con respecto a la posibilidad de que testimonie los primeros vestigios de lo que sería el canon romano, al menos en germen, con la invitación a su oración, utilizando las palabras *nos atrevemos a decir*<sup>94</sup>.

A estos testimonios referidos a la celebración en sí de la Eucaristía y, en su mayor parte recogidos por Jungmann, hemos de añadir otros aspectos de los que Jerónimo se muestra como testigo. Nos referimos a aquéllos más concretos que atañen a la diversidad de prácticas o modos entre las diferentes Iglesias a la hora de la celebración. Así, por ejemplo, señala la costumbre de celebrar en algunas regiones diariamente la Eucaristía, aunque no en otras, como se mostró a propósito de lo dicho en las cartas 21, 71 y 120, así como la libertad al respecto.

Indica la celebración por la mañana, como refleja en el Comentario a

Ezequiel:

Dice: Ofrecerá como holocausto un cordero añal sin tacha (cf. Ez 46, 12); y no en determinados días, sino cada día, y no a cualquier hora, sino por la mañana, por la mañana lo ofrecerás: a saber, cada mañana, cuando, habiendo salido el sol, es el comienzo de la luz. [...] Quien sea este cordero inmaculado o perfecto y añal lo enseña más claramente Isaías [...] y Juan Bautista: *He ahí el cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo* (Jn 1, 29). Éste es el cordero que es inmolido en Egipto, con cuya sangre se arman las jambas de la fe y queda excluido el exterminador. Y es añal porque anunció un año de gracia del Señor y el día de la retribución (Ez 46, 12-15).

Igualmente muestra la costumbre de algunas iglesias de ofrecer vino y leche, significando la inocencia de los párvulos, como muestra en el Comentario a Isaías:

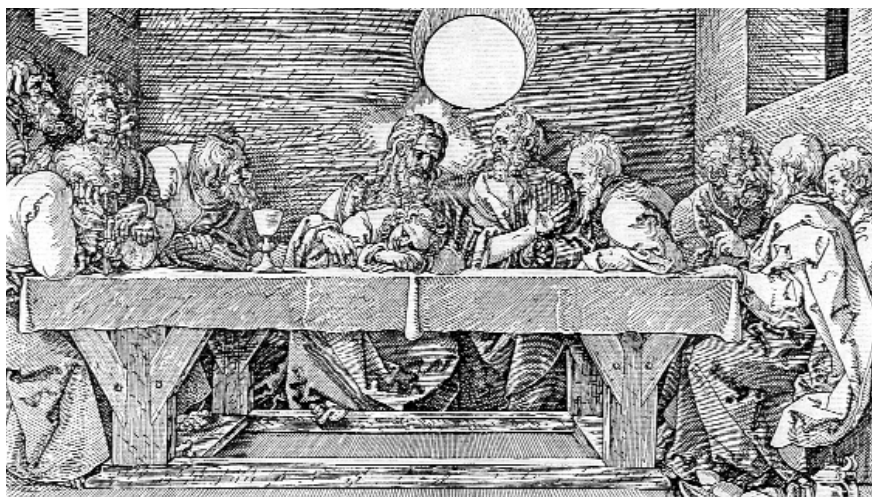
Éste es el vino que también la sabiduría mezcló en su copa, invitando a que bebieran todos los necios del mundo y a todos los que no tienen la sabiduría del mundo; y a que no compremos sólo vino, sino también leche, la cual significa la inocencia de los párvulos, costumbre y figura ésta que hasta hoy se guarda en las iglesias de Occidente, a saber, el que se dé a los nacidos en Cristo vino y leche <sup>95</sup>.

## V.- AÑO DE LA EUCARISTÍA Y AÑO DE LA INMACULADA

De cara a concluir, presentamos un texto en el que puedan ser iluminadas las dos celebraciones que se extienden a lo largo de este año. Se trata de un fragmento de lo dicho por S. Jerónimo a propósito del Salmo 66, 7:

*Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. La tierra ha dado su fruto. La tierra, esto es, Santa María, de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este barro, de esta arcilla, de Adán. Tierra eres, e irás a la tierra (Gn 3, 19). Esta tierra ha dado su fruto; lo que perdió en el Paraíso, encontró en el Hijo. La tierra ha dado su fruto. Primero ha dado la flor. Dice en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles (Ct 2, 1). Así pues, esta flor se hizo fruto para que lo comiéramos y nos alimentáramos de su propia carne. ¿Queréis saber cuál es ese fruto? El Virgen nacido de la Virgen, el Señor de la esclava, Dios nacido de los hombres, el hijo de la madre, el fruto de la tierra.*

Quizás extrañe nuestra pretensión de iluminar las dos celebraciones,



Grabado de Alberto Durero.

máxime cuando la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María es muy posterior a S. Jerónimo. Sin embargo, el texto ilumina bellamente la fe contenida en el Dogma y su relación con la Eucaristía. La relación con la Eucaristía queda clara desde ese decir que se hizo fruto para que lo comiéramos y nos alimentáramos con su propia carne, pero ¿y con la Inmaculada?

A propósito de este fruto, el Hijo, se dice: lo que perdió en el Paraíso, lo encontró en el Hijo. Quien pierde y halla es Dios, que en el Paraíso pierde en el ser humano la gracia total, perdida por el pecado original; esta gracia total es encontrada de nuevo en el hombre, gracias a Cristo y su obediencia absoluta al Padre. Pero éste es el fruto que será comido, el fruto que reclama la tierra, el hijo que reclama la Madre: *fruto de la tierra, hijo de la madre*. Pero para que ello sea posible, para que sea el nuevo Adán en el que se pueda encontrar lo perdido en el viejo Adán, es preciso que sean originados igual. Del mismo modo que el fruto reclama la tierra y el Hijo una Madre, el hallazgo de lo perdido en el Paraíso reclama algo similar a ese Paraíso, donde pueda crecer y desarrollarse eso perdido y hallarlo. Encontrar en el Hijo esa gracia total perdida en el Paraíso supone que Él, fruto del vientre de María, surja de una tierra similar a aquélla de la que surge Adán antes de perder la gracia; algo parecido a ese Paraíso, algo que esté sin pecado y lleno de gracia para que sea posible tal fruto, para que se dé ese fruto que es el Hijo. Esa gracia total se reclama a aquélla que es Virgen como el Paraíso, a aquélla que, como el Paraíso antes del pecado, está llena de gracia. Ahí está María en su Concepción Inmaculada.

- 1 *La Gran Catequesis*, capítulos 18 y 37.
- 2 Cf., p. e., Gribomont, J., *Las traducciones. Jerónimo y Rufino*; en Di Bernardino, A., (Dr.): *Patrología III. La edad de oro de la literatura patristica latina*, B.A.C., Madrid 1986, 228-301 (Para S. Jerónimo, 249-289).
- 3 Así Neri, U., *La Eucaristía*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998, quien no recoge un solo texto de S. Jerónimo en su segunda parte, titulada *Aspectos del misterio eucarístico en la enseñanza de los Padres*, 69-132, pero tampoco en la primera donde inserta diferentes textos patristicos, con la excepción de la expresión *comer la carne del Cordero y beber su sangre*, citando en nota: Jerónimo, *In Aggeum* 2, 15; cf. *íd.*, *In Exodum in vigilia Paschalis* 12, 11, para apoyar lo dicho a propósito de otros autores (p. 41). La misma precariedad con respecto a Jerónimo muestra la *Introducción histórico-teológica a la liturgia* dirigida por Marsili (Marsili, S. (Dr.). *ANÀMNESIS. Introduzione storico-teologica alla Liturgia*. A cura dei professori del Pontificio Istituto Liturgico S. Anselmo di Roma). En ella, en el capítulo dedicado a la celebración de la Eucaristía en la teología de los Padres, sólo nos encontramos con una breve cita del *Comentario a Ezequiel* y la afirmación de que la Pascua veterotestamentaria se identifica con la Eucaristía (Cf. Marsili, S., *Teologia della celebrazione dell'eucaristia*; in: Marsili, S. et al., *3/2 La liturgia, eucaristia: teologia e storia della celebrazione*, Marietti, Genova 1991, 41).
- 4 Cf. Congregación para el culto divino y la disciplina de los Sacramentos: *Año de la Eucaristía. Sugerencias y propuestas*. 15 de Octubre de 2004, n. 37
- 5 Colombás, G.M., *El monacato primitivo*, B.A.C., Madrid 2004<sup>2</sup>, 439-440.
- 6 El conjunto de los textos eucarísticos de S. Jerónimo puede verse en estas dos obras: Solano, J., *Textos eucarísticos primitivos II*, B.A.C., Madrid 1954, 38-75 y di Nola, G., *Monumenta Eucharistica. La testimonianza dei Padri della Chiesa 2. Volume V secolo*, Dehoniane, Roma 1997, 77-129. Éste último ofrece, junto a una introducción a Jerónimo y su vida (77-79), una breve exposición de las líneas generales de los diferentes textos que presenta a continuación (79-82). Por su parte, los textos son los

- mismos que ofrece la obra de Solano, a la que remite en ocasiones.
- 7 Se trata de los seguidores del obispo Lucifer, que, en su rigorismo, defendía la vuelta de los arrianos a la Iglesia, pero cuando se trataba de clérigos, los mantenían entre los laicos.
- 8 En el número 2 de esta carta, tras decir: *Si no podemos ofrecer nuestros dones sin paz, ¡mucho menos podemos recibir el Cuerpo de Cristo!*, se pregunta: *¿con qué conciencia responderé <<Amén>> a la Eucaristía de Cristo, si dudo de la caridad del que me la ofrece?*
- 9 Vid. 2, 25: *Como si no recibiéramos por igual el Cuerpo de Cristo*. Luego cita 1Co 11, 27; donde aparece el verbo “comer”, y afirma que Judas bebió del mismo cáliz que los demás. Ello justifica, como señalamos anteriormente, el uso de los verbos “comer” y “beber”.
- 10 Luego cita 1Co 11, 27 y dice: *<< pues el que indignamente comiera o bebiera, será reo de la violación del Cuerpo y la Sangre de Cristo >>*. *¿Acaso porque Judas bebió del mismo cáliz, del que bebieron también los demás Apóstoles, tendrá los mismos méritos que los otros?* Vid. también 1, 20: *Al salir de las habitaciones de las mujeres no podían, pues, comer los panes de la proposición, cual Cuerpo de Cristo*.
- 11 Cf. nota anterior.
- 12 Valdría citar aquí lo dicho por D. Ruiz Bueno en su introducción a esta carta: “Sólo nos atreveríamos a preguntar: él, que no celebraba, ¿con qué frecuencia comulgaba? Es lástima que no nos lo diga con suficiente claridad”. Cf. Ruiz Bueno, D., (Ed.), *Cartas de San Jerónimo*. Edición bilingüe I, B.A.C., Madrid 1962, 677.
- 13 Dice así: *¡Ojalá pudiéramos[...]. recibir siempre la Eucaristía sin condenación nuestra y sin remordimiento de conciencia, [...]!*
- 14 En la carta 49, dirigida a Panmaquio, se afirma también que esta recepción frecuente es una costumbre en Roma: *Sé que en Roma hay esta costumbre, que los fieles reciban siempre el Cuerpo de Cristo*. Que el *semper* usado aquí equivale al *cotidie* de la carta 71, se ve desde esta última, donde tras haber utilizado *cotidie* para indicar la pregunta de Lucino (*de Eucharistiam an accipienda cotidie*), dice luego *eucharistiam [...] semper accipere*.
- 15 Jerónimo hace un elogio de él en el número 61 del *Libro de los claros varones eclesiásticos*. Cf. *Obras Completas II*, B.A.C., Madrid 2002, 704 (705). Entre los autores anteriores a Jerónimo que hablan de la comunión diaria están, entre otros, Cipriano (*Cartas* 57 y 58 y *De oratione dominica*, 18) y Atanasio (*Carta* 13, 7), así como el Epitafio de Abercio.
- 16 Cf. Quasten, J., *Patrología I*, B.A.C., Madrid 1991, 499: “La tercera parte

de la Tradición Apostólica trata de varias costumbres cristianas. Hay una descripción de la Eucaristía dominical. Se dan reglas para el ayuno, para el ágape y para la ceremonia de la bendición del lucernario. Se consideran <<las horas en que conviene rezar>>; se recomienda la comunión diaria en casa y el cuidado con que hay tratar la Eucaristía". La *Tradición Apostólica* se refiere a ello en los números 22 y 36.

- 17 A continuación de lo dicho añade la frase de Rm 14, 5, quedando así el conjunto: *Sé que en Roma hay esta costumbre, que los fieles reciban siempre el Cuerpo de Cristo, lo cual ni apruebo ni repruebo –cada uno actúe según su conciencia (Rm 14, 5)-.*
- 18 Cf. S. Ambrosio, *De sacramentis* (V. 4, 25).
- 19 S. Agustín, *Epístola 54, a Jenaro*, 2 y 4. Esta carta de S. Agustín es del año 400 y la de S. Jerónimo a Lucino del 398, según atestigua Ruiz Bueno, D., *Cartas de S. Jerónimo I*, B.A.C., Madrid 1962, 678.
- 20 Cf. Colombás, *op. cit.*, 526-529. Sólo en el caso de Apolonio de Hermópolis (*Historia monachorum* 8, 56) se exhorta a la comunión diaria de los monjes, pero esto es la excepción a la regla mencionada, indica Colombás (p. 527ss).
- 21 Así lo atestigua Jungmann: *Este salmo 33 aparece efectivamente en casi toda la cristiandad primitiva como canto para la comunión.* Cf. J. A. Jungmann, *El sacrificio de la misa. Tratado histórico-litúrgico. Versión de la obra alemana en dos volúmenes "Missarum Sollemnia", del P. José A. Jungmann, S.I.* B.A.C. Madrid 1951, 1105. En nota remite a H. Leclercq, *Communio: DACL* 3, 2428-2433.
- 22 *Comentario a Isaías*, II, 5, 20.
- 23 Cf. Ep. 21, 26. El texto latino es más sugerente, al usar en la cita bíblica el verbo *eructo*: *Fidelis mecum, lector intellegis, qua pinguedine saturati in ructum laudum eius erumpimus dicentes: "eructavit cor meum verbum bonum, dico ego opera mea regi".*
- 24 *Recibir siempre la Eucaristía sin condenación nuestra y sin remordimiento de conciencia.*
- 25 N. 27: *"Y comenzaron a comer". Este banquete se celebra cada día [...]*
- 26 [...] *preparado para el banquete espiritual, donde entregó a sus discípulos el misterio de su Cuerpo y de su sangre.*
- 27 Ep 120, 2: *Él mismo es comensal y banquete*
- 28 Os 11, 4: *les di a comer (esum) mi Cuerpo: yo mismo soy comida (cibus) y comensal.*
- 29 Mal 1, 7: [...] *las obras de los pecadores desprecian la mesa de Dios.*

- 30 N. 26: ... *Él es el Salvador, de cuya carne nos alimentamos diariamente.*
- 31 N. 5: ... *con su sagrada boca hacen realidad las carnes del Cordero y consagraron boca santa la carne del Cordero.*
- 32 Sal 145, 7: « *Proporciona alimento a los hambrientos* ». *Hay quien piensa que dice pan celestial sobre los misterios. Y estamos de acuerdo con ello, porque es la verdadera carne de Cristo y la verdadera sangre de Cristo. En este mismo sentido, aunque menos claro, lo dicho a propósito del Salmo 147, 14: "El que comiere mi carne y bebiere mi sangre" (Jn 6, 54), bien puede entenderse en misterio.*
- 33 Sal 15, 5: ... *ciertamente somos alimentados con su carne.*
- 34 Ef 1, 7: *Sin embargo, la sangre de Cristo y la carne de Cristo se entienden en un doble sentido, bien en su realidad espiritual y divina, a propósito de la que él dijo : « Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6, 56); y «Si no comiéreis mi carne y bebiéreis mi sangre, no tendréis vida eterna» (Jn 6, 54).*
- 35 8, 12: *Ni comen la carne de aquél, cuya carne es la comida de los creyentes.*
- 36 Is 55, 1: *Estas mantecas no quieren decir otra cosa más que la carne mística: a ella exhortaba el Señor a los discípulos, diciendo: «Si no comiéreis mi carne y bebiéreis mi sangre, no tendréis vida en vosotros» (Jn 6, 54) e Is 66, 17: [...] ni comen la carne de Jesús, ni beben su sangre. A propósito de lo cual él dijo : «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna» (Jn 6, 55).*
- 37 Ecl 3, 12s: *Puesto que la carne del Señor es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida, de acuerdo con la anagogía, en esta vida sólo tenemos este bien: alimentarnos de su carne y beber su sangre, no sólo en el Misterio, sino también en la lectura de las Escrituras.*
- 38 Ep. 49, 15. *Si per coitum, quod minus est, inpeditur, multo magis, quod maius est*
- 39 Vid. lo dicho en el *Comentario a Isaías (Is 66, 17)*, en el *Tractatus sobre el Evangelio de Marcos (Mc 5, 43)*; el *Comentario a Malaquías (Ml 1, 7)*; así como el recurso a la penitencia en el *Comentario de Amós (Am 5, 27)*, o en el *Comentario al Evangelio de Mateo (Mt 26, 26ss)*, entre otros.
- 40 Vid. principalmente su *Comentario a Sofonías (Sof 3, 5. 7)*; pero también el *Comentario a la carta a Tito (Ti 1, 8)* y la *Carta 64, a Flora (n. 5)*.
- 41 Vid., p. e., *Carta 14, 8* y *Carta 146, 1*.
- 42 *Vida de tres monjes*, en *Obras Completas II*, 572 y 573.
- 43 Este último uso no se percibe muy claramente, pero así es constatado por Jungmann (*op. cit.*, 1021, n. 8)
- 44 *Populis eius*, sus pueblos.
- 45 Carta 14, 8 continúa así: *por los cuales, incluso, somos cristianos*

- 46 Cf. P. O. 12: “Aunque la gracia de Dios pueda llevar a cabo sin duda alguna la obra de la salvación, incluso por medio de ministros indignos, sin embargo, como ley ordinaria, Dios prefiere mostrar sus maravillas por medio de aquéllos que, dóciles al impulso y a las inspiraciones del Espíritu Santo, por su unión íntima con Cristo y por su santidad de vida, pueden decir con el Apóstol: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí* (Ga 2, 20)”.
- 47 Mt 26, 26ss: *En Lucas leemos que son dos los cálices con los que da a beber (propinarit) a los discípulos.*
- 48 Ep. 120, 2: *tomemos de él una vez más el cáliz del nuevo testamento.*
- 49 Lo afirmamos desde los términos técnicos presentados por J. Solano en su índice, cuando se refiere a la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor (VI d); cf. *op. cit.*, 876-878.
- 50 Dice así en el número 7: “Después que nos hemos santificado a nosotros mismos con estos himnos espirituales, invocamos al Dios amador de los hombres, para que envíe su Santo Espíritu sobre la oblación, para que haga al pan cuerpo de Cristo y al vino sangre de Cristo”.
- 51 Vid. el final del apartado anterior, a propósito del texto del *Comentario a Sofonías*.
- 52 Cf. lo afirmado en la carta 146: *Oigo que alguno ha llegado a tan gran insensatez como para anteponer los diáconos a los presbíteros, esto es a los obispos, porque claramente enseña el Apóstol que son los mismos los presbíteros que los obispos.* No es éste el momento de ocuparnos de esa distinción entre estos dos grados del sacramento del orden; así como tampoco de recordar que el diaconado, si bien es un grado del sacramento del orden, no forma parte del sacerdocio.
- 53 Nos referimos al número 21: *Hilario, al abandonar la Iglesia, siendo diácono, [...] tampoco puede hacer realidad la Eucaristía, al no tener obispos y presbíteros.*
- 54 El texto que citamos es continuación de la cita de la nota 65.
- 55 Cf. Jungmann, 338.
- 56 Cf. Hamman, A., *El bautismo y la confirmación*, Herder, Barcelona 1982. La referencia a la íntima trabazón entre los dos sacramentos se encuentra en p. 190.
- 57 Nos referimos a la cita del n. 21 de la Discusión entre el Luciferano y el Ortodoxo, donde con respecto a Hilario afirma: *Hilarius cum Diaconus de Ecclesia recesserit [...] neque eucharistiam conficere potest, episcopus et presbyteros non habens* (traducido en n. 56). Igualmente pueden aludirse las diferentes referencias al ministro de la Eucaristía y lo dicho sobre

su relación con el sacerdocio.

- 58 Cf. Solano, J., *op. cit.*, 51, n.24. Entre las imposibilidades está el hecho de haber caído en impureza por tocar un cadáver (cf. Nm 9, 10).
- 59 Cf. Jungmann, *op. cit.*, 964, nota 3.
- 60 Ez 48, 16
- 61 Cf. Mt 26, 41: Es imposible que el alma humana no sea tentada; por lo que también decimos en la oración del Señor: *No nos dejes caer en la tentación* que no podemos soportar, no rechazando de raíz la tentación, sino pidiendo fuerzas para resistir las tentaciones.
- 62 P. 972, nota 40.
- 63 Cf. Solano, J., *op. cit.*, 49, n. 2.
- 64 Cf.: Bejarano, V., (Ed.), *San Jerónimo. Obras Completas II*, B.A.C., Madrid 2002, 376.
- 65 La carta es la respuesta a doce cuestiones planteadas por ella a nuestro autor, sobre aspectos de interpretación de la Escritura. La pregunta a la que nos referimos es la segunda de las cuestiones: *Qué significa lo que está escrito en Mateo: No beberé más del fruto de la vid, hasta el día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.*
- 66 Así en la *Epístola 73 a Evángelo, sobre Melquisedec*; en el número 4, tenemos el recurso a la Carta a los Hebreos.
- 67 Puede verse, a título de muestra, los lugares que a propósito de esta cita bíblica son indicados por J. Solano en el índice escriturístico de su *florelegio, op. cit.*, II, 985.
- 68 *Resulta superfluo que intentemos hacer una exégesis de este versículo, por cuanto que ya el venerable apóstol Pablo hizo una completa exposición del mismo en su epístola a los Hebreos: Cristo es este Melquisedec sin padre, sin madre, sin genealogía (Hb 7, 3). Se ofrece allí una exactísima interpretación de por qué carece de padre, de madre, de genealogía. Todos los padres de la Iglesia concuerdan en afirmar que "sin padre" se dice en cuanto hombre y "sin madre" en cuanto Dios. Cf. Obras completas I, 467.*
- 69 Cf., *Obras completas I*, 469 n. 6.
- 70 *Mysterium nostrum in verbo ordinis significatur.*
- 71 *Christi dedicaverit sacramentum.*
- 72 *Mysterium Christianum in salvatoris corpore et sanguine dedicavit.*
- 73 *Quasi corpus Christi* (Contra Joviniano 1, 20).
- 74 Así en *Contra Joviniano 1, 20: Pues los que salían de las habitaciones de las esposas no podían comer los panes de la proposición, como cuerpo de Cristo. Por nuestra parte, debe ser observado lo que dijo: ¿Se han guardado los jóvenes de las mujeres? Es decir que para la limpieza del Cuerpo de Cristo, todo*

*coito es impuro. O en su Homilía sobre el éxodo en la vigilia de Pascua: Pues si quienes habían estado con sus esposas no podían comer los panes de la proposición, ¿cuánto menos podrá ser violado y tocado por ellos aquel pan que bajó del cielo? También en el Apologético que dirige a Panmaquio, la carta 49: [...] según la ley, David y sus compañeros no podían comer los panes de la proposición a no ser que se guardasen tres días puros del trato con las mujeres, no ya de prostitutas, lo que condenaba la ley, sino de sus mujeres, a las que les era lícito unirse.*

- 75 Que este pan que descendió del cielo es el cuerpo del Señor lo deja claro en la carta 120.
- 76 En el Comentario a Mt 26, 29 no aparece esta identificación, quizás porque antes se ha referido al vino.
- 77 Serie Secunda I, 692.
- 78 Acudimos sólo a esta cita, pues en su *Tractatus in librum psalmorum* no se ocupa del salmo 22 en ninguna de las series.
- 79 Esta identificación está clara en la carta 120 y desde ella rechaza el milenarismo: *Pues si el pan, que ha bajado del cielo, es el Cuerpo del Señor y el vino, el que dio a los discípulos, es su sangre de la nueva alianza, que fue derramada para la remisión de todos los pecados, desechemos las fábulas judías.*
- 80 En el comentario a Mt 6, 11 leemos: *Así pues, cuando pedimos que Dios nos conceda el pan peculiar o principal, pedimos a aquél que dice: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo”. Por otra parte, así se expresa en el Comentario a Tito, a propósito de TI 2, 12: Mejor en el griego, que tiene el pan nuestro epiouVSION, esto es, principal, egregio, peculiar, a saber, el que bajando del cielo, dice: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo”.*
- 81 Cf. lo que dice a propósito de 8, 12, que ya citamos antes en parte: *Pues todo su afán de víctimas lo ponen en esto, en comerse lo sacrificado, no para agradar a Dios con ello: ni recibirá el Señor las víctimas que inmolaron, no a él, sino a su vientre y a su garganta. Pero en la Iglesia hay un único altar, una única fe, un único bautismo, que enseña el apóstol; pero porque los herejes lo olvidaron, se han fabricado muchos altares, no para aplacar a Dios, sino para multiplicar los delitos. Por ello no merecen recibir las leyes de Dios, ya que antes despreciaron las que recibieron. Y si dicen algo de las Escrituras no se ha de tomar como palabras divinas, sino compararlo a los razonamientos de los paganos. Ofrecen muchos sacrificios y comen sus carnes, abandonando la única ofrenda de Cristo y tampoco comen la carne de aquél, cuya carne es el alimento de los creyentes.*
- 82 Jungmann, J.A., *El sacrificio de la misa. Tratado histórico-litúrgico. Versión*

de la obra alemana en dos volúmenes "Missarum Sollemnia", B.A.C., Madrid 1951.

83 Cf. Carta 82, 10.

84 Cf. Jungmann, 313. El texto es del *Comentario a la carta a los Gálatas*, donde dice: *ad similitudinem caelesti tonitruui Amen reboat* (I, 2; PL 26, 355).

85 Cf. Jungmann, 542-543, y en concreto p. 542, n. 35, donde recoge la defensa que hace de sí mismo S. Gregorio Magno ante la acusación de hacer decir el "Aleluya" en las Misas fuera del tiempo de Pascua, citando la epístola 9 de Gregorio Magno.

86 *Contra Vigilancio* 1 [PL 23. 339]

87 p. 549, nota 67.

88 Cf. Jungmann, 1105-1106.

89 *Contra Vigilantium* 7 (PL 23, 346)

90 Vid. *supra*,

91 Cf. Jungmann, 820-1, donde se afirma que el nombre de los oferentes no tuvo en Oriente importancia nunca.

92 Cf. Jungmann, 1067.

93 Cf. *ibidem*

94 *Ib.* p. 85, nº 64.

95 Vid. *Comentario a Isaías* 55, 1. El texto prosigue indicando la traducción dada por los LXX, que traducen "manteca", en vez de "leche", y la alusión a la carne del Salvador.

# AÑO DE LA EUCARISTIA



**SI DESEAS INFORMACION VOCACIONAL PONTE EN CONTACTO CON:**  
Noviciado Orden de San Jerónimo. Monasterio de Santa María del Parral - 40003 Segovia  
Teléf. 921 43 12 98 • E-mail: [oshmparral@planalfa.es](mailto:oshmparral@planalfa.es)